

RELATOS HAGIOGRÁFICOS SOBRE ALGUNOS
OBISPOS DE LA ESPAÑA MEDIEVAL
EN TRADUCCIÓN: ILDEFONSO Y
JULIÁN DE TOLEDO (*BHL* 3917 Y 4554),
ISIDORO DE SEVILLA (*BHL* 4488)
Y FROILÁN DE LEÓN (*BHL* 3180)

HAGIOGRAPHIC ACCOUNTS OF SOME
BISHOPS OF MEDIAEVAL SPAIN
IN TRANSLATION: ILDEFONSUS AND
JULIAN OF TOLEDO (*BHL* 3917 AND 4554),
ISIDORE OF SEVILLE (*BHL* 4488)
AND FROILAN OF LEON (*BHL* 3180)

Resumen: Se ofrecen en este artículo las traducciones de cinco textos hagiográficos latinos de la España medieval: la versión larga del *Elogium b. Ildephonsi* (*BHL* 3917) de Julián de Toledo (s. vii) y una *Vita s. Ildefonsi* (*BHL* –) de autor desconocido (s. xii), la *Vita s. Iuliani* (*BHL* 4554) de Félix de Toledo (s. vii), la *Vita Froilanis ep. Legionensis* (*BHL* 3180) (s. x) y la *Translatio s. Isidori Legionem an. 1063* (*BHL* 4488) (s. xi). Ninguno de estos textos había sido traducido hasta ahora. Además, se señalan por primera vez nuevos manuscritos que contienen tres de los textos traducidos (*BHL* 3180, 4488 y la *Vita s. Ildefonsi* sin número de *BHL*).

Palabras clave: Hispania, visigodos, Edad media, hagiografía, Ildefonso de Toledo, Julián de Toledo, Félix de Toledo, Froilán de León.

Abstract: This paper provides translations of five hagiographical Latin works from medieval Spain: the long version of the *Elogium b. Ildephonsi* (*BHL* 3917) by Julien of Toledo (7th C.) and a *Vita s. Ildefonsi* (*BHL* –) by an unknown author (12th C.), the *Vita s. Iuliani* (*BHL* 4554) by Felix of Toledo (7th C.), the *Vita Froilanis ep. Legionensis* (*BHL* 3180) (10th C.), and the *Translatio s. Isidori Legionem an. 1063* (*BHL* 4488) (12th C.). These works have never been translated. Likewise, the scholar refers to new manuscripts of three of the translated works (*BHL* 3180, 4488 and the *Vita s. Ildefonsi* without *BHL* number).

Key words: Spain, Visigoths, Middle Ages, hagiography, Ildephonse of Toledo, Julian of Toledo, Felix of Toledo, Froilan of Leon.

Recibido: 20-04-2011

Informado: 09-06-2011

Definitivo: 03-09-2011

INTRODUCCIÓN*

Es un hecho conocido que el estudio del latín está en regresión. Este mal no sólo afecta a España, sino también al resto de los países europeos. Por ello se hace más y más necesario publicar traducciones de textos latinos. Éstas rinden un importantísimo servicio tanto a historiadores, como a hispanistas, eclesiólogos, filósofos, teólogos, estudiosos de la historia del derecho, de las ciencias naturales, de la medicina, etc.

Me ha parecido, en consecuencia, una buena idea reunir en un artículo una serie de traducciones de textos hagiográficos centrados en grandes obispos de la Hispania medieval. La mayor parte de ellos vivió en el s. VII: Isidoro de Sevilla († 636), Ildefonso de Toledo († 667) y Julián de Toledo († 690). El otro obispo incluido en este artículo es Froilán de León († 905). Todos los opúsculos aquí presentados son biografías a excepción del dedicado a Isidoro de Sevilla, que no se ocupa de su vida, sino del traslado de sus restos a León en el año 1063. En cuanto a las biografías, no son todas iguales. Dos de ellas, las más antiguas, dedicadas a Ildefonso y a Julián de Toledo, pertenecen al género de los *De uiris illustribus*, es decir, son noticias bio-bibliográficas en las que la vida del protagonista aparece acompañada del catálogo de su producción escrita. Estas dos composiciones son también las únicas basadas en textos que no he editado, pero que conozco bien. Desde un punto de vista cronológico, los escritos más antiguos remontan al último cuarto del s. VII, el más reciente, quizás, al s. XII. He redactado asimismo breves introducciones sobre los autores y los textos propuestos. Unas notas a pie de página ayudarán a comprender mejor algunos pasajes.

Un segundo interés de este artículo reside en el hecho de que doy noticia por primera vez de diversos manuscritos litúrgicos que contienen las versiones latinas, completas, parciales o resumidas, de algunos de los textos traducidos. Con ello, al tiempo que contribuyo a un mejor conocimiento del culto de estos santos en la Baja Edad Media, advierto sobre el interés de estudiar con mayor detenimiento los códices litúrgicos conservados, que contienen aún un gran número de textos por descubrir y, en muchos casos, por editar.

I. EL *ELOGIUM BEATI ILDEPHONSI* (BHL 3917) DE JULIÁN DE TOLEDO

Julián de Toledo es uno de los autores más destacados de ese período extraordinario de las letras hispanolatinas que fue el s. VII¹. Durante esos últimos cien años de la Hispania visigoda vivieron

* Este trabajo se inscribe en las líneas de investigación de los proyectos FFI2009-09134 (MCeI) y SA261A11-1 (JCyL), así como del Grupo de Investigación Reconocido (GIR) de la Universidad de Salamanca «Antigüedad Tardía y Alta Edad Media en Hispania» (ATAEMHIS), dirigido por P. C. Díaz Martínez. Abreviaturas utilizadas: BHL = *Bibliotheca Hagiographica Latina Antiquae et Mediae Aetatis*, 2 vols., Bruxelles, 1898-1899 (Subsidia Hagiographica, 6) (reimpr. en 1 vol., 1992) + H. Fros (ed.), *Bibliotheca Hagiographica Latina Antiquae et Mediae Aetatis. Novum Supplementum*, Bruxelles, 1986 (Subsidia Hagiographica, 70); CPL = E. Dekkers y A. Gaar, *Clavis Patrum Latinorum*, Steenbrugis, 1995³ (Corpus Christianorum, Series Latina); Díaz = M. C. Díaz y Díaz, *Index Scriptorum Latinorum*

Medii Aevi Hispanorum, 2 vols., Salamanca 1958-1959 (Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, XIII,1-2).

¹ Pueden consultarse los siguientes trabajos: U. Domínguez del Val, *Historia de la antigua literatura latina hispano-cristiana*, vol. IV, Madrid 1998 (Corpus Patristicum Hispanum, 5), 389-412; M. C. Díaz y Díaz, en: A. Di Berardino (ed.), *Escritores de la Península Ibérica*, in *Patrología IV. Del Concilio de Calcedonia (451) a Beda. Los Padres Latinos*, Madrid 2000 (Biblioteca de Autores Cristianos, 605), 71-145, en las pp. 135-141; y J. C. Martín-J. Elfassi, «Julianus Toletanus ep.», en: P. Chiesa-L. Castaldi (eds.), *La trasmissione dei testi latini del Medioevo. Mediaeval Latin Texts and their Transmission. Te.Tra. 3*, Firenze 2008 (Millennio Medievale, 75; Strumenti e Studi,

autores ampliamente leídos a lo largo de la Edad Media como Isidoro de Sevilla, Ildefonso de Toledo y el propio Julián de Toledo. El primero fue conocido, sin duda, sobre todo, como enciclopedista gracias a sus *Etymologiae* (CPL 1186). El segundo, como defensor de la virginidad de María por su *De uirginitate beatae Mariae* (CPL 1217). El tercero, como teólogo, en especial por sus *Prognosticorum futuri saeculi libri III* (CPL 1258).

Hubo otros, si no tan conocidos, igual de interesantes, como Braulio de Zaragoza, el gran poeta Eugenio II de Toledo o Valerio del Bierzo, a quien debemos unos relatos autobiográficos absolutamente originales y aún poco estudiados. Este último fue un estricto contemporáneo de Julián de Toledo, aunque nunca llegasen a conocerse. La invasión musulmana puso fin súbitamente a comienzos del s. VIII a este alto nivel cultural existente en la Península Ibérica por esos años.

Julián nació en Toledo hacia el a. 644. Más adelante veremos el resumen de su vida que escribió uno de sus sucesores en el episcopado, Félix de Toledo. Baste decir aquí que fue nombrado obispo de Toledo por el rey Wamba (672-680) el 29 de enero del a. 680 y que desempeñó el cargo hasta su muerte el 6 de marzo del a. 690.

Compuso un gran número de obras que pueden fecharse durante los años de su episcopado. El lector encontrará recogidas en el catálogo elaborado por Félix de Toledo la mayor parte de ellas. Hay una excepción: justamente el opúsculo que constituye la primera de estas traducciones, el denominado *Elogium beati Ildephonsi*. Esto tiene, no obstante, una explicación. Como he señalado, tanto esta obrita como la que sigue en este trabajo, la conocida como *Vita sancti Iuliani* (BHL 4554), son dos breves noticias de carácter tanto biográfico como bibliográfico que pertenecen al género de los *De uiris illustribus*. Son éstos unos tratados compuestos por pequeñas entradas, en general, dedicadas a escritores ilustres, aunque también pueden acoger, según los autores, otros personajes destacados, como obispos o abades, pese a que no hayan dejado nada por escrito.

El primer ejemplo cristiano de este tipo de obras es el *De uiris illustribus* (CPL 616) de Jerónimo de Estridón, que puede fecharse a finales del s. IV. Unos cien años después, Genadio, un presbítero de Marsella, redactó una continuación a la obra de Jerónimo con el mismo título que ésta, esto es, *De uiris illustribus* (CPL 957). Desde entonces fue habitual que el nuevo autor añadiese su continuación al final del texto de su predecesor. De modo que es frecuente encontrar en los manuscritos el opúsculo de Jerónimo completado con el de Genadio.

Un códice de este tipo llegó algún tiempo después a Hispania y allí recibió una nueva continuación, con el mismo título, por parte de Isidoro de Sevilla. Este nuevo *De uiris illustribus* (CPL 1206) puede fecharse a comienzos del s. VII. A la muerte de Isidoro en el a. 636, un buen amigo y gran admirador suyo, el obispo Braulio de Zaragoza, amplió el texto isidoriano con un único capítulo, dedicado justamente a la memoria del sevillano. Es el texto conocido como *Renotatio librorum domini Isidori* (BHL 4483), un título que, sin duda, no remonta al autor, como tampoco aquellos bajo los que se conocen los textos de Julián y Félix de Toledo que aquí presento. En efecto, dado que este tipo de noticias no son más que continuaciones de unos tratados más amplios, todo indica que se unían a ellos con los mismos títulos con que se introducían los capítulos precedentes. Ello favorecía también que estas pequeñas adiciones se transmitiesen de forma anónima, como fue el caso de la noticia de Braulio de Zaragoza.

n.s. 18), 373-431; J. C. Martín, «Julián de Toledo», en M.^a Adelaida Andrés Sanz, C. Codoñer, S. Iranzo Abellán, J. C. Martín-D. Paniagua, *La Hispania visigótica y mozárabe. Dos épocas en su literatura*, Salamanca 2010 (Obras de referencia, 28), 155-172; T. Stancati,

Julian of Toledo: Prognosticum futuri saeculi. Foreknowledge of the World to come, New York-Mahwah (New Jersey) 2010 (Ancient Christian Writers, 63), 33-164 («Chapter II: The Life and Works of Julian of Toledo (642-690)»).

El siguiente y último autor de un tratado *De uiris illustribus* en la Hispania visigoda fue Ildefonso de Toledo (657-667)². Como Genadio e Isidoro, Ildefonso fue consciente de formar parte de una tradición. Más dudoso es determinar si llegó a conocer el tratado isidoriano ampliado con la noticia de Braulio o sin ella. Puesto que en su nuevo *De uiris illustribus* (CPL 1252) dedicó una entrada a Isidoro de Sevilla, siempre he creído que Ildefonso no conoció la noticia escrita por Braulio de Zaragoza, pero no hay pruebas definitivas en un sentido o en otro.

Del mismo modo que Braulio continuó el catálogo isidoriano con una entrada en honor de éste, así también Julián de Toledo escribió una noticia en honor de Ildefonso a la conclusión del tratado *De uiris illustribus* de este último. También como Braulio, parece que Julián le puso por título *De Ildefonso episcopo* («Del obispo Ildefonso») y que no se atribuyó el texto. No obstante, en un buen número de manuscritos el texto se transmite bajo el nombre de Julián de Toledo. En alguno se lee, por ejemplo, siguiendo un procedimiento habitual en la época: «Hasta aquí Ildefonso. De aquí en adelante Julián». La atribución no plantea dudas.

El texto latino en el que se basa esta traducción es el publicado por A. C. Vega, «De Patrología española. San Ildefonso de Toledo. Sus biografías y sus biógrafos y sus Varones ilustres», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 165, 1969, 35-107, en las pp. 44-45. He optado por esta edición porque representa lo que se conoce como versión larga de la noticia, debido a que incluye unas líneas presentes sólo en algunos manuscritos. Esta versión no ha sido traducida, si no me equivoco³. A falta de la edición crítica del texto, no resulta sencillo decidir cuál de las dos versiones es la más cercana al autor, si bien tradicionalmente se ha considerado que la breve es la auténtica. El problema, no obstante, sigue abierto, pues los argumentos en favor de la autenticidad de la versión breve frente a la larga no me parecen ni mucho menos definitivos. Para que el lector sepa en qué puntos se distingue la recensión larga de la breve, señalaré en nota los pasajes propios de la larga⁴. El más comentado de todos ellos se centra en la cólera del padre de Ildefonso al conocer que su hijo desea entrar como religioso en el monasterio de Agali, situado, sin duda, en las cercanías de Toledo. Advierto finalmente que no respeto siempre la puntuación del editor, que me parece con frecuencia errónea.

Traducción

Elogio del bienaventurado Ildefonso

Ildefonso, ilustre en la memoria de su tiempo y adorno de nuestra época por los caudalosos ríos de su elocuencia, llamado finalmente a ocupar la cátedra de la sede de Toledo, es consagrado obispo y elevado a la dignidad episcopal tras Eugenio II. Varón absolutamente merecedor de tantos

² Sobre Ildefonso de Toledo, vid. Domínguez del Val, *Historia de la antigua literatura latina hispano-cristiana*, vol. IV (cit. n. 1), 157-287; Díaz y Díaz, «Escritores de la Península Ibérica» (cit. n. 1), 121-125; S. Iranzo Abellán, «La transmisión manuscrita de las cartas de Quirico de Barcelona e Ildefonso de Toledo (CPL 1272 y 1250)», en: A. A. Nascimento, P. F. Alberto (eds.), *IV Congresso Internacional de Latim Medieval Hispânico (Lisboa, 12-15 de Outubro de 2005)*. *Actas*, Lisboa 2006, 617-626; Martín, «Ildefonso de Toledo», *La Hispania visigótica y mozárabe* (cit. n. 1), 129-139.

³ La breve ha sido traducida por J. F. Rivera Recio, *San Ildefonso de Toledo. Biografía, época y posteridad*, Toledo 1985 (Biblioteca de Autores Cristianos, 466), 5-7. Este autor traduce también el pasaje más característico de la larga en ese mismo trabajo en la p. 7, aunque su traducción no recoge por completo el sentido de estas líneas en cuestión.

⁴ La recensión breve puede leerse en A. C. Vega, «De Patrología española. San Ildefonso de Toledo. Sus biografías y sus biógrafos y sus Varones ilustres», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 165, 1969, 35-107, en las pp. 43-44.

elogios como rico por la abundante gracia de las virtudes que poseía. Fue, en efecto, insigne por su perseverancia en el temor de Dios, distinguido por su religión, lleno de compunción, grave en el andar, digno de alabanza por su honradez, de una paciencia fuera de lo común, seguro confidente de cualquier secreto, insigne por su sabiduría, ilustre por su talento en la disertación, célebre⁵ por la majestad de su elocuencia, rico por el crecido río de sus palabras y considerado como una persona notable por la elevada altura de su elocuencia, hasta el punto de que, cuando su profuso discurso se ocupaba por extenso de alguna controversia, parecía con razón que no era un hombre el que hablaba tan ricamente, sino Dios a través de un hombre.

Pues bien, hallándose éste aún al comienzo de su infancia, al ser tocado por el Espíritu divino, se sintió atraído por la vida de los monjes y, renunciando al cariño que sentía por sus padres y al apego por las cosas de este mundo, se dirigió al monasterio de Agali. Su⁶ padre, saliendo en persecución de esta fuga dominado por una violenta cólera, sólo se vio impedido en su propósito por el obstáculo de un muro, gracias al cual la búsqueda del enfurecido perseguidor se vio frustrada y se salvó la devoción del fugado. En efecto, al ponerse en camino el furor del padre lleno de excitación en su interior⁷, pasó por alto el escondite en el que este varón se ocultaba. Y así atravesó por esos lugares dejándolos a un lado y sin investigar, y buscó en los lugares que tenía por delante lo que ya había dejado atrás⁸. Entrando finalmente en el cenobio Agaliense empuñando una espada en su mano, cuando no encontró a quien buscaba, tras regresar a su casa, lo lloró como si lo diese ya por perdido. Así pues, el citado varón, tras conocer la marcha de su padre, se dirigió de inmediato al monasterio Agaliense y allí llevó una vida ejemplar como monje durante muchos años. Construyó un cenobio de vírgenes consagradas en la pequeña villa de Deíbia⁹ y lo dotó con sus propios medios. Seguidamente, tras convertirse en abad del cenobio Agaliense, vigiló las costumbres de los monjes, aumentó los recursos del monasterio y siguió llevando la misma forma de vida que antes. A continuación por deseo del príncipe¹⁰ es hecho ir a Toledo contra su voluntad y allí es designado obispo a la muerte de su antecesor¹¹.

⁵ Esta construcción y la siguiente no se encuentran en la recensión breve del texto.

⁶ Aquí comienzan las líneas propias de la recensión larga del texto, que llegan hasta donde dice: «...Así pues, el citado varón, tras conocer la marcha de su padre, se dirigió de inmediato al monasterio Agaliense».

⁷ Esta construcción es sumamente compleja por lo que me veo obligado a comentarla aquí. El texto latino dice así (ed. Vega, p. 44): «Nempe parentis furor dum percitus interiora praetenderet, latibulum quo hic uir oclabatur reliquit». El problema reside en la forma «interiora», que, después de pensar en ello largamente, entiendo como un acusativo de relación dependiente de «percitus». Este adjetivo, aunque concertado gramaticalmente con «furor», debe ponerse en relación con el padre de Ildefonso. En efecto, «furor parentis» está por «furens parens», y de este «padre fuera de sí» se dice además que estaba «percitus interiora», donde «interiora» presenta claras resonancias bíblicas, pues en la Biblia se utiliza con frecuencia la expresión para referirse al interior del ser humano.

⁸ Esta frase merece también un pequeño comentario. El texto latino dice así (ed. Vega, pp. 44-45):

«Sicque praeterita incurata pertransiit, et in anterioribus quae praeterierat inquisiuit». Interpreto que el pronombre relativo de la proposición «quae praeterierat» se refiere a Ildefonso, a quien su padre había dejado atrás al dirigirse a Agali, pasando por su lado sin verlo. Por ello, en buen latín, se esperaría «quod praeterierat» o incluso mejor «quem praeterierat». Creo que la forma de acusativo neutro plural se explica por la influencia de la forma «anterioribus» que precede inmediatamente al pronombre relativo en el pasaje, ya sea que se trate de un error de copista o de la forma realmente escrita por el autor del texto, Julián de Toledo o un interpolador. No me cabe duda, sin embargo, del sentido de la expresión, basada en una buena oposición retórica entre «in anterioribus» y «quae praeterierat». Aunque no existe edición crítica de este texto, los manuscritos que he consultado son unánimes en su testimonio, por lo que el pasaje no plantea dudas.

⁹ Sin duda, esta villa debía encontrarse en los alrededores de Toledo, pero no ha sido identificada.

¹⁰ El rey Recesvinto (649-672).

¹¹ Se trata del obispo Eugenio II de Toledo (646-657).

Escribió, ciertamente, numerosos libros y muy notables por su brillante estilo¹². Él mismo consideró que éstos debían ser agrupados en las siguientes secciones. Esto es, un *Libro del reconocimiento de las propias debilidades*, un *Tratado sobre la virginidad de santa María frente a tres herejes*, un *Tratado de las propiedades de las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, un *Tratado con observaciones sobre el quehacer diario*, otro *Tratado con observaciones sobre los oficios sagrados*¹³, un *Libro del conocimiento del bautismo* y otro *Libro de la marcha por el desierto espiritual*. Todas estas obras de la primera sección quiso que fuesen agrupadas en un mismo volumen. La segunda sección la constituye un *Libro de epístolas*, en el cual, a la hora de escribir a sus diversos destinatarios, hizo uso de expresiones simbólicas, mientras que otras veces citó de forma directa a las personas de que se trataba. En este libro incluyó asimismo las brillantes respuestas a sus escritos que había recibido de algunos de sus corresponsales. La tercera sección quiso que estuviese compuesta de misas, himnos y sermones. Hay, en fin, un cuarto libro que recoge la última sección, formado por composiciones en verso y en prosa. En él se incluyen epitafios y algunos epigramas. Escribió, no obstante, muchas otras obras que dejó unas tan sólo empezadas y otras casi acabadas por verse imposibilitado de seguir adelante con ellas como consecuencia de diversos impedimentos fruto de las circunstancias o de sus enfermedades¹⁴.

¹² De la lista que sigue, los únicos conservados son el *Tratado sobre la virginidad de santa María frente a tres herejes* (*De uirginitate beatae Mariae* [CPL 1247]), el *Libro del conocimiento del bautismo* (*De cognitione baptismi* [CPL 1248]) y el *Libro de la marcha por el desierto espiritual* (*De itinere deserti* [CPL 1249]). No se cita el *De uiris illustribus* (CPL 1252) porque el autor de esta noticia entiende que no es necesario dado que él incluyó esta breve biografía al final del tratado de Ildefonso *Sobre los varones ilustres*, lo que presupone el conocimiento de esta obra en el lector. Asimismo se conservan algunas cartas (*Epistulae* [CPL 1250]). Han querido atribuirse también a Ildefonso de Toledo algunos himnos y sermones, pero no hay acuerdo entre los estudiosos sobre la paternidad de estas obras.

¹³ Tras este volumen, en la reseña breve se incluye un tratado que en la edición de Vega no aparece citado: «opusculum adnotationum in sacramentis» (ed. Vega, p. 43), que podría traducirse así: «y otro *Tratado con observaciones sobre los sacramentos*».

¹⁴ Muchas de estas obras, hoy perdidas, se guardaban verosímelmente en el monasterio de San Cosme y San Damián de Abellar a comienzos del s. x, de acuerdo con el documento de donación del obispo-abad Cixila al citado monasterio, fechado el 5 de noviembre de 927. Véase la edición de M. C. Díaz y Díaz, *Códices visigóticos en la Monarquía Leonesa*, León 1983 (Fuentes y estudios de historia leonesa, 31), 163-164, donde se lee (p. 163): «...etimologías libros II, diuersos libellos domni eugenii liber I, uirginitatem sancte marie liber I, prosopoeia et de efficientiam aquí, uini et olei liber I et alium et uersibus et prosa, liber epistolarum...». En efecto, P. Henriot, «Conférences de P. Henriot», *École Pratique des Hautes Études. Section des Sciences histori-*

ques et philologiques. Livret-Annuaire 18 (2002-2003), París 2004, 184-188, en la p. 186, ha señalado que el volumen de título «Prosopoeia» debe identificarse probablemente con ese *Libro del reconocimiento de las propias debilidades* citado por Julián de Toledo. Creo que la observación es muy acertada y que, de hecho, el pasaje en cuestión del documento de donación contiene un pequeño inventario de los libros elaborados por Ildefonso de Toledo. Así, tras la referencia a las *Etymologiae* (CPL 1186) de Isidoro de Sevilla (602-636) y a un volumen que contenía diversas composiciones de Eugenio II de Toledo (646-657), siguen las obras de Ildefonso de Toledo, por este orden: el *De uirginitate s. Mariae contra tres infideles* (CPL 1247), el *Liber prosopoeiae imbecillitatis propriae* (perdido), el «De efficientiam aquí, uini et olei liber I» puede identificarse quizás con alguno de los tratados de carácter litúrgico de Ildefonso: las *Adnotationes in sacris* (*Notas sobre los oficios sagrados* o *Notas sobre los objetos sagrados*) o bien las *Adnotationes in sacramentis* (*Notas sobre los sacramentos*) (ambas obras perdidas), tras él viene el *Liber uersibus prosaque concretus* (también perdido), que incluía la producción poética ildefonsiana junto con algún escrito en prosa, y finalmente el *Liber epistolarum* (perdido) al que hace referencia Julián en su catálogo. Esta interpretación se basa, por un lado, en el hecho de que la presencia de una obra tan rara como el *Liber prosopoeiae imbecillitatis propriae* se explica mejor dentro de un conjunto más amplio de textos producidos por Ildefonso de Toledo. La pervivencia de este corpus de obras ildefonsianas en manos de un personaje como Cixila se entiende bien si se tiene en cuenta que éste fundó un monasterio consagrado a los santos Cosme y Damián, al igual que lo estuvo el de Agali de Toledo, en el que

Elevado al episcopado en el noveno año del glorioso príncipe Recesvinto¹⁵, durante nueve años y unos dos meses gozó de un ilustre renombre tanto por los méritos de su vida como por el ejercicio de su cargo. Al finalizar el decimotercero año de reinado del citado príncipe, al día siguiente, el décimo día antes de las calendas de febrero¹⁶, abandona la mansión de la carne y recibe sepultura en la iglesia de la bienaventurada Leocadia¹⁷, siendo enterrado a los pies de su predecesor, en compañía del cual se cree que goza de los parajes eternos, llenos de luz.

profesó Ildefonso. Díaz y Díaz cree incluso que los monjes que fundaron el monasterio de Abellar procedían de Toledo, vid. M. C. Díaz y Díaz, «Ildefonso de Toledo, el hombre y el escritor», *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo. 23 enero - 30 junio 2007. Toledo, Museo de Santa Cruz*, Toledo 2007, 233-238, en la p. 234.

¹⁵ Como ya he señalado, gobernó este monarca la Hispania visigoda durante los años 649-672.

¹⁶ El 23 de enero. La fecha es confirmada por diversos calendarios medievales hispánicos, como el denominado Calendario de Córdoba del a. 961, editado por M. Férotin, *Le Liber Ordinum en usage dans l'Église wisigothique et mozarabe d'Espagne du cinquième au onzième siècle*, Paris 1904 (Monumenta Ecclesiae Liturgica, 5) (reimpr. Roma 1996 [Bibliotheca Ephemerides Liturgicae. Subsidia, 83]), 451-495 (codex G), p. 453 («In eo est obitus Ildefonsi archiepiscopi Toletani») (sobre la importancia de este calendario, vid. J. Vives, «Santoral visigodo en calendarios e inscripciones», *Analecta Sacra Tarraconensia* 14, 1941, 31-58, esp. pp. 37-38); los de San Martín de Albelda de finales del s. x (*Díaz* 596), de Santo Domingo de Silos del s. x (*Díaz* 560), el denominado Calendario de Compostela (*Díaz* 774) (conservado en el códice Santiago de Compostela, Biblioteca Universitaria, 609 [Reserv. 1], ejecutado en 1055 para el rey de León y Castilla Fernando I [1035-1065] y su esposa doña Sancha), el calendario de la región de León (*Díaz* 775) conservado en un códice de la primera mitad del s. x dedicado a un abad de nombre Ikila, otro de Santo Domingo de Silos de mediados del s. xi (anterior al año 1069) (*Díaz* 776), editados todos ellos por J. Vives y Á. Fábrega, «Calendarios hispánicos anteriores al siglo xii», *Hispania Sacra* 2, 1949, 119-146 y 339-380, respectivamente en las pp. 141-146 («x. Ildefonsi epi.»), pp. 350-355 («x. Obitu(m) Ildefonsi epi.»), pp. 362-367 («x. Obitum domni ildefonsi episcopi»), pp. 368-373 («x. Sci ildefonsi epi.»), pp. 374-379 («x. Obytum ildefonsi epi. et cnfrs. xpi.»); los dos de San Millán de la Cogolla del s. xi editados por J. Janini, «Dos calendarios emilianenses del siglo xi», *Hispania Sacra* 15, 1962, 177-195, vid. respectivamente p. 179 («x. Obitum dmi Ildefonsi») y p. 183 («x. Sci Ildefonsi epi. cnf.») —advertido que el segundo de estos calendarios se lee igualmente, en una edición menos fiable, en J. Vezin, «Un calendrier franco-hispanique de la fin du xte siècle», *Bibliothèque de l'École des Chartes* 121, 1963, 5-25—; el monasterio de San Isidoro de León del último tercio del s. xii editado por A. Suárez González, «Dos calendarios litúrgicos leoneses de la segunda mitad del siglo xii», en: A. Hevilla Ballina (ed.), *Memoria Ecclesiae XXV. Hagiografía y archivos de la Iglesia. Santoral hispano-mozárabe en las diócesis de España. Actas del XVIII Congreso de la Asociación celebrado en Orense (Segunda parte) (9 al 13 de septiembre de 2002)*, Oviedo 2004, 161-186, en las pp. 175-186, en la p. 176 («x. Yldefonsi episcopi»); el de San Salvador de Oña de finales del xii editado por B. de Gaiffier, «Un calendrier franco-hispanique de la fin du xii^e siècle», *Analecta Bollandiana* 69, 1951, 282-323, en la p. 290 («x kal. Ildefonsi ep. conf.»); y el de San Juan de las Abadesas (Gerona) del a. 1235 editado por J. Martínez Gázquez, «Santoral del calendario del s. xiii contenido en el *Liber Regius* del Museo episcopal de Vic», *Revista Catalana de Teologia* 6, 1981, 161-174 (reimpr. en José Martínez Gázquez, *eum legentem uidimus. Selección de artículos y estudios*, vol. I, Bellaterra, 2009, 99-112), en la p. 164 («B X kalendas. Emerentiane uirginis et Ildefonsi pontificis toletani»). Sobre el manuscrito que transmite el Calendario de Compostela, vid. M. C. Díaz y Díaz, *Códices visigóticos en la Monarquía Leonesa*, León 1983 (Fuentes y estudios de historia leonesa, 31), 279-292, e Id., «El códice de Compostela. Tradición y modernidad», en M. C. Díaz y Díaz, S. Moralejo, M.^a V. Pardo Gómez y M.^a A. García Piñeiro, *Libro de horas de Fernando I de León. Edición facsímil de manuscrito 609 (Res. 1) da Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela. Estudios de Manuel C. Díaz y Díaz e Serafín Moralejo. Transcripción do texto de M.^a Virtudes Pardo Gómez e M.^a Araceli García Piñeiro*, Santiago de Compostela 1995 (Scriptorium, 8), pp. 9-51 del volumen de estudios, donde se puede leer además otra transcripción del Calendario de Compostela a cargo de M.^a V. Pardo Gómez y M.^a A. García Piñeiro en «Transcripción del texto», pp. 65-194, en concreto, en las pp. 67-76.

¹⁷ Leocadia era, según la tradición, una joven virgen toledana que había padecido la pasión en tiempos del emperador Diocleciano (284-305). El relato de su martirio era muy popular en Hispania y formaba parte de la compilación de leyendas de santos conocida como Pasionario hispánico, de la que hemos conservado algún manuscrito medieval.

2. LA *VITA SANCTI IULIANI* (BHL 4554) DE FÉLIX DE TOLEDO

Del mismo modo que Julián de Toledo amplió el *De uiris illustribus* de su predecesor Ildefonso con una noticia sobre la vida y la obra de este ilustre autor, así también el segundo de los sucesores de Julián, Félix de Toledo, redactó un capítulo sobre Julián a continuación del que éste había escrito sobre Ildefonso. Y así ha llegado hasta nuestros días. Hoy se conoce este texto como *Vita s. Iuliani*, un título que probablemente no remonta al autor.

Félix de Toledo alcanzó el obispado de esta ciudad en el año 693, después de haber desempeñado la misma dignidad en Sevilla desde el año 688 aproximadamente hasta su nombramiento en Toledo. La fecha de su deceso es incierta, si bien se cree que debió morir en torno al año 702¹⁸.

No se conoce de este personaje otra obra que la vida de Julián de Toledo que aquí presento, que debió de redactar verosímelmente poco después de su llegada a la capital visigoda en 693. Como se verá, esta breve noticia es mucho más rica en datos biográficos sobre Julián que la pequeña biografía de éste sobre Ildefonso. Llama también la atención la importancia que el biógrafo concede a la cronología, en lo que se muestra muy superior a sus predecesores. Por otro lado, se advierte claramente en este opúsculo la influencia de la hagiografía, que lleva al autor a presentar al biografado como un hombre santo. Es también de la mayor relevancia el catálogo de las obras de Julián elaborado por Félix de Toledo, que nos lleva a lamentarnos una vez más por la pérdida de la mayor parte de las obras citadas.

No existe una edición crítica de esta noticia. Sigo aquí la edición de referencia de la *Patrologia Latina*, vol. 96, cols. 445-452, que reproduce la antigua edición de E. Flórez, *España Sagrada*, vol. 5, Madrid 1750, 484-487. No conozco ninguna traducción de este texto. La puntuación es mía.

Traducción

Vida de san Julián

1. Julián, discípulo de Eugenio II¹⁹, metropolitano de la provincia Cartaginense, alcanzó la dignidad episcopal de la ciudad regia después de Quírico, de santa memoria²⁰, siendo el cuarto en alcanzarla tras su preceptor²¹. Fue ciertamente Julián natural de esa misma ciudad y en la iglesia principal de esa urbe fue purificado con las aguas del sagrado bautismo, y también allí fue educado desde su más tierna infancia.

¹⁸ Sobre Félix de Toledo puede consultarse: J. F. Rivera Recio, *Los arzobispos de Toledo desde sus orígenes hasta fines del siglo XI*, Toledo 1973 (Publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Serie Segunda. Vestigios del Pasado, 4), 99-100; Domínguez del Val, *Historia de la antigua literatura latina hispano-cristiana*, vol. IV (cit. n. 1), 484-485; B. Scavizzi, «Felix Toletanus episcopus», *CALMA. Compendium Auctorum Latinorum Medii Aevi (500-1500)*, fasc. III.3, Firenze 2010, 335; Martín, «Félix de Toledo», *La Hispania visigótica y mozárabe* (cit. n. 1), 118-120.

¹⁹ Eugenio II fue el segundo obispo de Toledo con este nombre. Ejerció el obispado durante los años 646-657.

²⁰ Quírico fue obispo de Toledo desde finales de enero del año 667, aproximadamente, hasta enero del a. 680. Vid. L. A. García Moreno, *Prosopografía del reino visigodo de Toledo*, Salamanca 1974 (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 77), n.º 250, 119.

²¹ Se sigue aquí el sistema de cómputo propio de los antiguos en el que se comenzaba a contar no a partir del primer elemento tras aquel que se toma en consideración, sino a partir de éste, tomado como el primero de la lista. Así, estos cuatro obispos de Toledo serían: Eugenio II (646-657), Ildefonso (657-667), Quírico (667-680) y Julián (680-690).

2. A continuación, al llegar a los años de la adolescencia, se relacionó tan estrechamente en la vida cotidiana con uno de sus camaradas, el diácono Gudila, de santa memoria, y se sintió tan unido a él por un afecto particular, que su inseparable amistad ponía de manifiesto que los dos eran uno solo y la unión que existía entre ambos mostraba que no tenían dos almas, sino que los dos compartían una sola. Tanta era, en definitiva, la unidad de sentimientos de la concordia que había nacido entre ellos, que, de acuerdo con el relato de los Hechos de los apóstoles, se habría creído que en sus dos cuerpos no había más que un solo corazón y una sola alma²². Ambos se mostraban, en efecto, previsores en su prudencia, unidos en sus resoluciones y acordes a la hora de llevar a cabo cualquier acto digno de alabanza. Y así, bajo la inspiración del Espíritu divino decidieron disfrutar del bien del reposo especulativo, esto es, de la vida contemplativa, y refugiarse dentro de las puertas de la institución monástica.

3. Pero dado que otro fue el deseo de la voluntad que está por encima de nosotros, su devoción se vio frustrada. Aunque no pudieron continuar por el camino por el que los llevaba su anhelo, no renunciaron, sin embargo, a su piadosa devoción. Y así, si antes querían únicamente mirar por su propio bienestar espiritual retirándose del mundo, a partir de entonces comenzaron a esforzarse con mayores ánimos por la salvación de los demás. Mostraban una infatigable laboriosidad a la hora de instruir a sus subordinados y un gran deseo de que éstos progresasen, estaban llenos de ardor a la hora de servir a Dios, hacían gala de una gran solicitud a la hora de contribuir al esplendor de la casa del Señor, estaban en todo momento disponibles cuando se trataba de obedecer a los mayores y, siempre que era posible, se aplicaban con el mayor celo en alcanzar todas las virtudes. En esto, por disposición del juicio divino sobrevino la funesta muerte al diácono Gudila, de santo recuerdo, el quinto día antes de los idus de septiembre²³ en el octavo año del reinado del príncipe Wamba²⁴, y así, tras confesarse debidamente ante Dios, terminó aquél sus días. Su cuerpo descansa en el monasterio consagrado a san Félix en la pequeña villa de Caba, donde fue solemnemente enterrado en una ceremonia celebrada por su queridísimo amigo.

4. Pues bien, algún tiempo después del deceso de Gudila, este mismo ilustre Julián es consagrado como primado de la antedicha ciudad como sucesor de Quírico, de santa memoria, y gracias tanto al respeto que había alcanzado por tan gran dignidad como a la fuerza de sus múltiples virtudes, organizó admirablemente en su tiempo la Iglesia de Dios. Pero de qué modo comenzó a brillar a partir de esa época, lo expondré a continuación por medio de este paño y esta tela que voy tejiendo con los hilos de mi piadoso relato. Después de la muerte de su antecesor Ildefonso, de divina memoria²⁵, desde el decimoséptimo año del príncipe Recesvinto²⁶, a lo largo de todo el período del gobierno de Wamba y hasta el tercer año del reinado del gloriosísimo rey Égica²⁷, desempeñó las dignidades de diácono, presbítero y obispo y alcanzó una gran celebridad.

5. Fue, en efecto, un varón lleno del temor de Dios, distinguido por su prudencia, cauto en el consejo, notable por la bondad de su discreción, muy inclinado a la limosna, muy diligente en la denuncia de las desdichas de los humildes, solícito en socorrer a los oprimidos, discreto en su asistencia a los demás, valiente en la resolución de los conflictos, justo a la hora de dar a conocer su

²² Probable referencia a *Hechos de los apóstoles* 4,32.

²³ El 8 de septiembre.

²⁴ Gobernó el rey Wamba del 1 de septiembre del a. 672 al 14 de octubre del a. 680, pero no murió hasta comienzos del a. 681.

²⁵ Ildefonso murió el 23 de enero del a. 667.

²⁶ El rey Recesvinto precedió a Wamba en el trono toledano. Gobernó durante los años 649-672.

²⁷ A Wamba lo sucedió Ervigio (de octubre del a. 680 a noviembre del a. 687) y a éste, Égica (del 15 de noviembre del a. 687 al a. 702).

juicio, compasivo en sus sentencias, eminente en la defensa de la justicia, admirable en sus razonamientos en las controversias, de verbo fluido en sus discursos y digno de admiración en el cumplimiento de los oficios litúrgicos. Y en el caso de que se presentase, como suele ocurrir, alguna dificultad en los oficios divinos, se mostraba absolutamente diligente en corregirlo. Fue extremadamente cuidadoso de que las luminarias sagradas se mantuviesen siempre encendidas y se comportó de un modo admirable en la defensa de todas las iglesias. Fue asimismo muy vigilante en el gobierno de sus subordinados, firme en la corrección de los soberbios y ardoroso en la defensa de los humildes. Cumplió con su deber, haciendo uso de la debida autoridad, pero se distinguió por la bondad de su gran humildad y sobresalió en todos los aspectos de su vida por la general probidad de sus costumbres. Fue un hombre lleno de compasión, hasta el punto de que no hubo nadie que se encontrase en apuros a quien él no quisiese socorrer. Tan lleno estuvo asimismo de caridad que nunca dejó de prestar a nadie cualquier buen servicio que por caridad le hubiese solicitado. En fin, quiso ser así grato a Dios en todos los aspectos y mostrarse servicial a todos los hombres con el deseo de agradarlo a Él en todo momento y, en la medida en que ello es posible, de complacer con la mayor solicitud a todos los hombres por amor a Dios. Y así como se mostró por sus dignos méritos el igual de los nobles varones que lo habían precedido en el episcopado, así también no fue inferior a ellos en ninguna virtud.

6. Así pues, durante su episcopado mantuvo en vigor con solícito cuidado los usos eclesiásticos que eran correctamente observados, los viciados los corrigió con gran provecho, los que no eran observados los instituyó de nuevo mediante prudentes disposiciones y compuso un gran número de oficios litúrgicos de sonido armonioso. Pues bien, puesto que brilló lleno de la plenitud del Espíritu Santo y dotado de la abundancia propia de un manantial caudaloso, conoce a partir de este momento, lector, el conjunto de los libros que Dios elaboró por medio de él para utilidad de su Iglesia²⁸.

7. Escribió, en efecto, un tratado de las *Previsiones sobre la vida futura*, dirigido al obispo Idalio, de santa memoria²⁹, que incluía al comienzo una carta que iba dirigida a Idalio y una oración a Dios. La obra que conforma este códice está dividida en tres libros: el primero de ellos está dedicado al origen de la muerte humana, el segundo a las almas de los difuntos, discutiendo en qué estado se encuentran éstas antes de la resurrección de los cuerpos, y el tercero a la resurrección final de los

²⁸ De la lista que sigue, hemos conservado las siguientes obras: *Previsiones sobre la vida futura (Prognosticorum futuri saeculi libri III* [CPL 1258]), *Justificación en defensa de los Tres Capítulos (De tribus substantiis in Christo manentibus*, también citado como *Apologeticum de tribus capitulis* [CPL 1259], si bien el texto conservado no es más, quizás, que un pequeño resumen de la obra original), *De la demostración de que el mundo se halla en su sexta edad (De comprobatione aetatis sextae* [CPL 1260]), *Antikeimena (Antikeimenon libri duo* [CPL 1261]) y la historia sobre el rey Wamba (*Historia de Wambae regis Gothorum Toletani expeditione* [1262]). No menciona Félix de Toledo la noticia de Julián sobre Ildefonso de Toledo porque entendía que el lector tenía forzosamente que conocerla dado que él había escrito su noticia sobre Julián como continuación a la biografía de éste de Ildefonso de Toledo. Además, se ha querido atribuir a Julián un pequeño poemita titulado *Verus ad Modoenum* (CPL 1261a), de autoría dusa, sin

embargo. También plantea dudas de autoría un tratado gramatical de indudable origen visigodo conocido como *Ars grammatica, poetica et rhetorica* (CPL 1555), que, si no es obra de Julián de Toledo, bien podría remontar a las enseñanzas gramaticales de algún maestro toledano en época del rey Ervigio (680-687), a quien se menciona en dos ocasiones en el texto. Más recientemente L. Munzi ha propuesto que este tratado gramatical debe completarse con un *Tractatus de partibus orationis* transmitido por el códice Berna, Burgerbibliothek, 207, una obra también verosíblemente de época visigoda y fechable en los tiempos del rey Égica (687-702), vid. L. Munzi, «Il *De partibus orationis* di Giuliano di Toledo», *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli (Sezione filologico-letteraria)* 2-3, 1980-81, 153-228.

²⁹ Idalio de Barcelona (ca. 666-ca. 693). Vid. S. Iranzo Abellán, «Idalio de Barcelona», *La Hispania visigótica y mozárabe* (cit. n. 1), 128-129.

cuerpos. También compuso un *Libro de las respuestas*, dirigido al mismo obispo antes mencionado, en defensa de las leyes y de los cánones conciliares por los que se prohíbe que esclavos cristianos estén al servicio de amos no cristianos³⁰.

8. Escribió igualmente una *Justificación de nuestra fe*, que dirigió al papa de Roma Benedicto³¹. También una *Justificación en defensa de los Tres Capítulos*, de cuya ortodoxia pareció dudar en vano el obispo de Roma. Asimismo un *Libro de los remedios contra la blasfemia*, precedido de una epístola dirigida al abad Adriano. Y además un tratado *De la demostración de que el mundo se halla en su sexta edad*, que incluye al comienzo una oración a Dios y una epístola dirigida a su señor el rey Ervigio. Este códice está igualmente dividido en tres libros: en efecto, el primero de ellos contiene un gran número de pasajes del Antiguo Testamento, a partir de los cuales, y al margen de cualquier cálculo del tiempo transcurrido, queda suficientemente demostrado que Cristo, el Hijo de Dios, no ha de nacer, sino que ya ha nacido; el texto del libro segundo se ocupa detenidamente de la doctrina expuesta por los apóstoles, la cual muestra claramente que Cristo nació de la Virgen María en la plenitud de los tiempos y no en una fecha concreta de acuerdo con el cómputo de los años a partir de la creación del mundo; y el desarrollo del tercer libro prueba mediante testimonios fidedignos que ya ha comenzado sin la menor duda la sexta edad, en la que Cristo ha nacido, y en él se distinguen las cinco anteriores edades del mundo no en virtud de los años transcurridos, sino de un número establecido de generaciones.

9. Recopiló también un libro de *Poemas variados*, en el que hay himnos, epitafios y numerosos epigramas de temas diversos. Y asimismo un libro con numerosas *Epístolas*. E igualmente un libro de *Sermones*, en el que hay un pequeño tratado titulado *En defensa de la casa de Dios y de aquellos que se refugian en ella*. Escribió asimismo un libro sobre pasajes contradictorios de las Escrituras, que quiso que llevase un título griego: *Antikeimena*. Éste se presenta dividido en dos libros: el primero de ellos contiene disertaciones sobre el Antiguo Testamento y el segundo, sobre el Nuevo.

10. Compuso además un libro de historia sobre lo ocurrido en las Galias en tiempos del príncipe Wamba. Y también un libro de *Sentencias*, consistente en una breve y resumida compilación de pasajes extraídos de la *Década de los Salmos* del bienaventurado Agustín³². Asimismo reunió un florilegio de pasajes extraídos de los libros de san Agustín contra el hereje Julián³³. Escribió igualmente un libro titulado *Sobre los juicios divinos*, esto es, una colección de pasajes extractados de las Sagradas Escrituras, al comienzo de la cual hay una epístola dedicataria del libro dirigida al rey Ervigio en la época en la que éste era aún conde³⁴. Y también un *Libro de respuestas* contra aquellos que persiguen a los que se refugian dentro de las iglesias.

³⁰ Es una alusión a los judíos, muy numerosos en la Hispania visigoda.

³¹ Se trata de Benedicto II (683-685).

³² Agustín de Hipona, nacido en el a. 354 y obispo de la citada ciudad africana desde el a. 397 hasta su muerte en el a. 430.

³³ Julián (o Juliano), obispo de Eclana (hoy Mirabella Eclano), en la Campania (suroeste de Italia), desde el a. 416 hasta su destierro en 421. Fue uno de los defensores del movimiento herético conocido como pelagianismo, condenado por la Iglesia romana en el año 418. Julián de Toledo se habría servido, sin duda, del tratado *Contra Iulianum* (CPL 351) de Agustín de

Hipona, formado por seis libros, y acaso también de la obra agustiniana *Contra secundam Iuliani responsionem* (CPL 356).

³⁴ Según U. Domínguez del Val, «Obras desaparecidas de Padres y Escritores españoles», *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España*, vol. II. Siglos IV-XVI, Salamanca 1971 (Corpus Scriptorum Sacrorum Hispaniae. Estudios, 1), 11-28, p. 21, sería algún tipo de tratado de exégesis bíblica. Para C. Petit, *Iustitia Gothica. Historia social y teología del proceso en la Lex Visigothorum*, Huelva, 2001 (Bartolomé de las Casas, 3), 440-442, sería un tratado de carácter escatológico referido al Juicio Final.

11. Elaboró asimismo un libro de misas para todo el ciclo litúrgico anual, dividido en cuatro partes³⁵. En éstas corrigió algunas misas que debido al paso del tiempo contenían muchos defectos, completó otras que estaban incompletas e incluso compuso algunas totalmente nuevas. Y compiló un libro de oraciones para las festividades que a lo largo de todo el ciclo litúrgico anual acostumbra a celebrar la Iglesia de Toledo. Una parte de este libro la compuso con su propio estilo, otra parte, que abundaba en corrupciones por su gran antigüedad, tras corregirla cuidadosamente, la reunió a continuación en ese mismo libro. Y por su amor a la santa religión puso este volumen a disposición de la Iglesia de Dios.

12. Disfrutó del honor del primado y de la dignidad episcopal durante diez años, un mes y siete días. Y tras verse prematuramente sorprendido por la llegada de la inevitable muerte durante el tercer año del reinado del príncipe Égica, consumió el último día de su vida la víspera de las nonas de marzo de la era 728^a ³⁶. Y así fue enterrado de acuerdo con los ritos fúnebres en la basílica de la gloriosísima virgen santa Leocadia.

3. LA *VITA FROILANIS EP. LEGIONENSIS* (BHL 3180) DE AUTOR DESCONOCIDO

Esta obrita narra en tono hagiográfico la vida de un religioso de Lugo, de nombre Froilán, que llegó a ser obispo de León a comienzos del s. x (a. 900-905) y que hoy es venerado como santo patrón de esa misma ciudad. Sus restos se encuentran depositados, según la tradición, en la catedral de León³⁷.

Aunque se ha querido atribuir la paternidad de este texto a un diácono de nombre Juan que introduce su nombre junto a la copia de la *Vita Froilanis* en el códice más antiguo que la conserva, la famosa Biblia Gótica de Albares (León, Archivo de la Catedral, 6, fol. 101rb-vb), hoy tiende a verse en este Juan simplemente a uno de los copistas del manuscrito.

Otra curiosidad que plantea esta obra es que la citada Biblia Gótica no ofrece el texto completo que conocemos de la *Vita Froilanis*. En efecto, en ella el relato se interrumpe de forma inesperada en medio de una frase poco después del momento en que Froilán es nombrado obispo de León por el rey Alfonso III (866-910). Señalo este punto en la traducción mediante dos rayas verticales (||). La versión completa de este texto, que incluye la continuación de la frase interrumpida en la Bi-

³⁵ Probablemente: Adviento, Cuaresma, Pascua y el Santoral, vid. Stancati, *Julian of Toledo* (cit. n. 1), n. 701 de la p. 527, quien recoge una tesis de M. Férotin, *Le Liber Mozarabicus Sacramentorum et les manuscrits mozarabes*, Paris 1912 (Monumenta Ecclesiae Liturgica, 6) (reimpr. Roma 1995 [Bibliotheca Ephemerides Liturgicae. Subsidia, 78 ; Instrumenta liturgica quarreriensia, 4]), n. 1 de la p. xvii.

³⁶ El 6 de marzo del año 690. La fecha del 6 de marzo encuentra apoyo en varios calendarios medievales hispánicos, como el ya citado de San Salvador de Oña, editado por Gaiffier, «Un calendrier franco-hispanique...» (cit. n. 16), p. 294 («II non. Iuliani ep. conf»); o el también citado de Santo Domingo de Silos de finales del s. xi (anterior al año 1069), recogido en Vives y Fábrega, «Calendarios hispánicos anteriores al siglo XII» (cit. n. 16), 374-379 («II. Obitum dni. iuliani

epi toleto.»). No hay ninguna referencia a san Julián de Toledo, sin embargo, en los calendarios citados de San Millán de la Cogolla (vid. supra n. 16).

³⁷ La bibliografía básica aparece recogida en J. C. Martín, «La *Vita Froilanis ep. Legionensis* (BHL 3180) (s. x): introducción, edición crítica y particularidades lingüísticas», en: M. Goulet (ed.), *Parva pro magnis munera. Études de littérature latine tardo-antique et médiévale offertes à François Dolbeau par ses élèves*, Turnhout 2009 (Instrumenta Patristica et Mediaevalia, 51), 561-584. Este artículo puede completarse ahora con F. Luis Corral, «En busca de hombres santos: Atila, Ildefonso y el obispo de Zamora», en: I. Martín Viso (ed.), *¿Tiempos oscuros? Territorios y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)*, Madrid 2009, 203-227.

blia Gótica y describe la muerte del santo, se encuentra únicamente en un leccionario-homiliario, es decir, un manuscrito que reúne vidas de santos y sermones, de finales del s. XII o comienzos del XIII (León, Archivo de la Catedral, 52, fols. 258rb-260va). Esto ha planteado la duda de si la última parte de la *Vita*, de la que carece el código del s. X, es tan antigua como el resto de la narración o no. Mi opinión es que, en efecto, lo es, tal y como sugieren ciertas coincidencias de estilo entre las dos partes del texto.

Dado que la Biblia Gótica de Albares se fecha en el a. 920, tenemos aquí un claro *terminus ante quem* de redacción. Si se acepta, por otro lado, que las últimas líneas del relato son tan antiguas como el resto, el *terminus post quem* viene dado por la muerte de Froilán en el a. 905. Hay un pasaje de la *Vita*, no obstante, que parece dar a entender que Alfonso III había muerto ya en el momento en que ésta se escribe. Es el siguiente, en el que destaco en cursiva la expresión que me parece más significativa: «Como su fama recorría toda Hispania, llegó finalmente a oídos del príncipe Alfonso, *que regía el reino de los godos en Oviedo*, en la provincia de Asturias». El tiempo en pasado del verbo sugiere, en efecto, que el rey Alfonso no reina ya en Oviedo en el momento de redacción de la historia de Froilán. La datación del texto podría situarse, en consecuencia, entre los a. 910-920.

La traducción que aquí presento se basa en mi propia edición crítica de este opúsculo: J. C. Martín, «La *Vita Froilanis ep. Legionensis* (BHL 3180) (s. X): introducción, edición crítica y particularidades lingüísticas», en: M. Goulet (ed.), *Parva pro magnis munera. Études de littérature latine tardo-antique et médiévale offertes à François Dolbeau par ses élèves*, Turnhout, 2009 (Instrumenta Patristica et Mediaevalia, 51), 561-584, en las pp. 578-584. No conozco ninguna otra traducción de esta obra.

A los manuscritos citados en la edición del texto publicada en 2009 debe sumarse ahora: Madrid, BN, 240, un Breviario para uso de la Orden militar de Santiago de finales del s. XV procedente del Convento de Uclés (Cuenca)³⁸. Contiene, en efecto, este código un oficio en honor de san Froilán de León en los fols. 495vb-497ra. Éste se presenta bajo el título «In festo sancti Froylani episcopi et confessoris» y dividido en nueve lecciones. Su comienzo y su final son los siguientes: «Lectio I.^a <F>uit uir uite uenerabile Froylanus episcopus in suburbio Lucensi ortus ciuis Galecie, ab infancia in sanctis disciplinis eruditus... Cum eis fama totam peragraret Hyspaniam, peruenit quan tarde ad aures principis Adefonsi qui regnum Gothorum regebat Oneto in Austuriensi prouincia. Mittens itaque nuncios arcessiri eum ad se precepit.» Corresponde el texto a las líneas 1-57 de mi edición y se ajusta a la versión de León, AC, 52, del que, sin duda, depende de forma directa o indirecta.

Traducción

Del ortodoxo varón Froilán, obispo de León.

Fue un varón de vida venerable el obispo Froilán, nacido en la región de Lugo, ciudadano de la Galaecia, instruido desde la infancia en las santas disciplinas, temeroso de Dios y que se apartaba del mal. Elevando siempre lo profundo de su corazón a los cielos con objeto de poder contemplar al Señor, también volvía a menudo su vista hacia las cosas de aquí abajo, no fuese que por el favor que se le había otorgado en forma de santidad encontrase de repente la ruina. Lleno de fe y pródigo

³⁸ J. Janini, J. Serrano (con la colaboración de A. M. Mundó), *Manuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional. Catálogo*, Madrid 1969, n.º 14, 13-14.

en buenas obras, pasando de forma admirable de manifestar unas virtudes a revelar otras, como un buen negociante, guardaba en su corazón el tesoro del Señor.

Cuando tenía dieciocho años, le entró el deseo de retirarse a parajes desiertos, parándose entonces a pensar si le estaba permitido ejercer el ministerio de la predicación para enseñar a los demás o si podía pasar su vida como un solitario. Y como el vaso de la elección estaba predestinado a llevar la luz a muchas gentes y su espíritu siempre estaba al servicio de Dios, se metió en la boca unas brasas ardientes, aceptando que, en el caso de que le quemasen los labios, no asumiría el ministerio de la predicación, mientras que, en el caso de que su boca y sus labios permaneciesen intactos, anunciaría la palabra de Dios a los pueblos.

Merced a la asistencia de la gracia divina y los beneficios de su piedad se mantuvo incólume, hasta el punto de que ningún signo de la quemazón del fuego se dejó sentir. Como consecuencia de ello tomó sus labios en el sentido de la profecía del que dijo: *Las palabras del Señor son palabras honestas, plata que ha sido probada con fuego, purgada de la tierra siete veces*³⁹. Este primer milagro quiso poner de manifiesto en su favor el Señor a fin de que su siervo partiese confiado al ministerio de la predicación.

No mucho tiempo después, cuando el sol recorrió su camino alcanzando el ocaso, llegó a su fin el día y el caos de la noche tenebrosa lo cubrió todo. Dándose la circunstancia de que él permanecía en vigilia entregado a la oración, vio en mitad de la noche el refulgente brillo de un resplandor y a dos palomas que volaban en el cielo, una de color rojo y la otra de la blancura de la nieve, ambas aproximándose entonces hacia él. Mientras temeroso y lleno de estupor las veía viniendo hacia él, rápidamente entraron en su boca. Una comenzó a quemarlo y sintió que la otra lo acariciaba en su interior.

¿Quién no ha de creer que experimentó una visión semejante por obra del Espíritu Santo? ¿Quién podrá a continuación contar las maravillas que salían de su boca para instrucción de las gentes? Unas palabras tan dulces, tan suaves y tan distinguidas la lengua humana no podrá describirlas. ¿Quién hubo que oyese de su boca la palabra de salvación y al punto, cambiando su forma de vida y la vestimenta del siglo, no se convirtiese entregándose al Señor?

Pero mientras enseñaba a las ciudades y predicaba con gran celo la palabra divina entre las gentes, volvía siempre con anhelo su espíritu hacia Dios. Abandonó los lugares habitados, adentrándose por parajes desiertos e inaccesibles, rehuyendo los favores y las alabanzas de los hombres. Recorriendo sin descanso las elevaciones rocosas y los rincones escondidos de las montañas para ver dónde encontrar un lugar en el que llevar con constancia una vida solitaria y tranquila, alejado del estrépito del siglo, teniendo por compañero al sacerdote san Atilano⁴⁰, con el que meditaba con frecuencia sobre el sentido de la palabra de Dios, llegó a la cima de un monte desierto. Mirando hacia abajo hacia las tierras desiertas y recorriendo toda la distancia hasta otro monte, cuyo nombre es Curcurrino⁴¹, construyó allí con su compañero una celda para vivir.

³⁹ Es una cita de los Salmos 11,7 (12,7 de la numeración moderna).

⁴⁰ Atilano (o Atila, en la documentación medieval), compañero aquí de Froilán, fue nombrado obispo de Zamora por Alfonso III en el a. 900, al tiempo que Froilán lo era de León. Atilano desempeñó la dignidad episcopal en Zamora hasta su muerte hacia el año 917. Hoy es tenido por el santo patrón de Zamora. Su identificación ha planteado ciertos problemas a los historiadores, debe consultarse al respecto el estudio funda-

mental de Luis Corral, «En busca de hombres santos...» (cit. n. 37).

⁴¹ La identificación de este monte no es clara. En general, se cree que se trata de los montes del río Curueño a su paso por León. Pero más recientemente se ha querido identificarlo con Córcores, en Orense, vid. J. M.^a Canal Sánchez-Pagín, «San Froilán, obispo de León. Ensayo biográfico», *Hispania Sacra* 45, 1993, 113-146, en las pp. 121-122.

Y como una pequeña comunidad situada en un monte no puede permanecer oculta, la noticia de ésta recorrió toda la provincia. Se produce entonces una reunión de gentes de uno y otro sexo para oír la palabra del Señor, un gentío diverso formado por poderosos, obispos, clero y gentes de cualquier edad, tanto varones como mujeres temerosos de Dios. Después de haber iluminado a éstos con la verdadera luz, se vio absolutamente forzado por todo aquel concurso de fieles que creían en el Señor a aceptar descender hasta el lugar de su ciudad, la plaza fuerte de Veseo⁴², y edificar allí, asistido por la ayuda del Señor, un cenobio en el que poder dar de comer a toda la muchedumbre con los alimentos de la carne y reconfortar cotidianamente con los sustentos del espíritu a los ejércitos de los confesores. Con el apoyo de la gracia divina edificó un cenobio y acogió en él a trescientos monjes que celebraban juntos los oficios, a los que la gracia del Señor congregó para alabanza de su nombre y a través de los cuales mostró numerosos milagros.

Como su fama recorría toda Hispania, llegó finalmente a oídos del príncipe Alfonso⁴³, que regía el reino de los godos en Oviedo, en la provincia de Asturias. Éste, enviando unos mensajeros, ordenó hacer venir a aquél a su presencia. Sorprendido por el hecho de que este varón estuviese adornado con el brillo de tan gran santidad y llevado de una gran admiración hacia él por estar éste lleno de la gracia divina y del Espíritu Santo, alabó a Dios por haber elegido a un servidor semejante para regir las almas que creen en él.

Lo hizo más rico y dictaminó como gran honor hacia él que se le concediese autorización para que por todo su reino, en los lugares dignos de visitar y agradables, construyese cenobios para congregarse en ellos grandes multitudes de gentes organizadas de acuerdo con la regla de la santa disciplina. Edificó el cenobio de Tábara⁴⁴, en el que congregó seiscientas almas de uno y otro sexo al servicio del Señor. Entonces, a continuación, visitando otros lugares en los que edificar un segundo cenobio, encontró un lugar ameno y elevado junto al río Esla, que corría por la zona. Construyó allí mismo un cenobio en el que congregó alrededor de doscientos monjes organizados bajo la norma de la regla.

Y cuando el rey había comprobado que la gracia de la santidad se acrecentaba más y más en aquél, durante muchos días le llega el clamor del pueblo de que el abad Froilán es digno de ser obispo en nuestra querida ciudad de León⁴⁵. El rey, cuando oyó esto, se alegró enormemente, pues durante largo tiempo se había esforzado por convencer a aquél para que asumiese el ministerio episcopal y no había podido convencerlo de ningún modo.

Forzado entonces y arrastrado a ello como si estuviese encadenado, insultando al rey con palabras de todo punto insolentes, se acusaba de tener hijos y aseguraba ser un falso monje. Finalmente, contra su voluntad es ordenado obispo de la ciudad de León y su compañero Atilano, de la cátedra zamorana. Ambos fueron consagrados juntos el santo día de Pentecostés, asumiendo al mismo tiempo el honor episcopal. Ciertamente, estos dos cirios, puestos sobre el candelabro, iluminaron con la claridad de la luz eterna el territorio de Hispania, predicando la palabra de Dios. Entonces, a continuación, creció más aún la santidad de ambos y encontraron una doble gracia a la hora de enseñar a los estamentos de unos y otros: de los monjes y clérigos y de los laicos.

Este varón de Dios, lleno del Espíritu Santo, || comenzó a presagiar lo que iba a ocurrir en aquella región, donde llegaría la enfermedad, la ruina, la mortandad y el hambre. Incluso al rey Alfonso, a todo el clero y a la masa del pueblo, a todos y cada uno de ellos vaticinaba lo que iba a ocurrir

⁴² Probablemente Viseo en Portugal, una zona fronteriza repoblada en tiempos de Alfonso III a la que pudo acudir Froilán a predicar y fundar un monasterio, al igual que hizo en las tierras fronterizas de Zamora. Vid. al respecto Martín, «La *Vita Froilanis ep. Legionensis...*» (cit. n. 37), n. 20 de las pp. 567-569.

⁴³ Se trata, como ya he señalado, de Alfonso III (866-910).

⁴⁴ Un pueblo situado al norte de Zamora.

⁴⁵ Por esta expresión se advierte que el autor era, sin duda, de origen leonés.

según la costumbre de los profetas y ya todos tenían por cierto que aquél anunciaba hechos verdaderos.

Cuando advirtió que el momento de su muerte ya se aproximaba, tras reunir a un mismo tiempo a todos sus discípulos y al conjunto de los monjes y los clérigos, los exhortó a observar los preceptos del Señor y les mandó que mantuviesen en lo sucesivo el ejemplo de su disciplina. Señalando el día y la hora en que acudiría ante Dios, les ordenó uno por uno que permaneciesen en el estamento y la gracia a los que cada uno había sido llamado.

El clamor de los que se lamentan crece y el estrépito de los llantos se oye desde lejos. Toda la ciudad, llena de gritos de tristeza, se veía inundada de gemidos y lágrimas. Por las aldeas y las ciudades resuenan las voces de los que se lamentan. Se produce una reunión de gentes que dirigen sus voces al cielo y dicen así: «¿A quién nos entregas, padre, abandonando a la grey que te ha sido encomendada?»⁴⁶ Un mensajero va por todas partes, todos acuden con rapidez, se lamentan llorando amargamente, sin encontrar ningún consuelo. Todos lo amaban, todos lo querían y todos deseaban siempre verlo.

Tras separarse aquella santa alma de la envoltura del cuerpo, penetró en los cielos, reuniéndose allí con los coros de los ángeles. Según la costumbre, el santo cuerpo del obispo es depositado en la sepultura con la mayor dignidad, en un magnífico sepulcro obra del rey Alfonso construido en la ciudad de León.

Vivió setenta y tres años. Durante cinco de ellos desempeñó el ministerio episcopal. Murió en la era 943^a ⁴⁷.

4. LA *TRANSLATIO S. ISIDORI LEGIONEM AN. 1063* (BHL 4488) DE AUTOR DESCONOCIDO

En el año 1063 Fernando I de Castilla y León (1035-1065) llegó a un acuerdo con el rey taifa de Sevilla Abbâd al-Mutadid (1042-1069), cuyo nombre aparece deformado en Benabeth en el relato latino que presento a continuación⁴⁸, para obtener el traslado de las reliquias de santa Justa desde la ciudad hispalense al monasterio de San Juan Bautista en León, que pasó a llamarse de San Isidoro tras acoger los despojos del santo sevillano. Parece que Fernando I y su esposa doña Sancha tenían el proyecto de convertir dicho monasterio en el panteón real de la dinastía castellano-leonesa y deseaban, en consecuencia, poner los restos reales que éste albergase bajo la protección de los santos, por lo que comenzaron a reunir un buen número de reliquias sagradas. Así se explica en un relato escrito en el monasterio de San Isidoro de León de finales del s. XII o comienzos del s. XIII y conocido como *Historia translationis s. Isidori* (BHL 4491), capp. I,3-II,1⁴⁹.

⁴⁶ Imita aquí el autor del texto un episodio parecido ocurrido poco antes de la muerte de san Martín de Tours († 397), según es descrito por Sulpicio Severo en sus *Epistulae III* (CPL 476), en concreto en la epist. 3,10.

⁴⁷ Se trata de la era hispánica, a la que hay que restar 38 años para obtener el año de la encarnación. En este caso, el año 905. La festividad de san Froilán se recoge, como era de esperar, en dos calendarios del monasterio de San Isidoro de León de la segunda mitad del s. XII, editados por Suárez González, «Dos calendarios litúrgicos leoneses...» (cit. n. 16), con la particularidad de que en uno de ellos (editado en las pp. 169-175) se fija el 4 de octubre («III. Froilani episcopi»), mien-

tras que en el segundo (editado en las pp. 175-186), el día 3 de ese mismo mes («v. Froilani episcopi et confessoris»).

⁴⁸ Lo que se explica por el hecho de que al-Mutadid pertenecía a la dinastía Banû Abbâd o abadí. Vid. D. y J. Sourdel, *Dictionnaire historique de l'Islam*, Paris 1996, 1-2.

⁴⁹ Edición de J. A. Estévez Sola en L. Charlo Brea, J. A. Estévez Sola, R. Carande Herrero, *Chronica Hispana saeculi XIII*, Turnhout 1997 (CC CM 73), 143-179. Acaba de publicarse además la primera traducción de este texto, obra asimismo de J. A. Estévez Sola en L. Charlo Brea, J. A. Estévez Sola y R. Carande Herre-

Ya fuese porque el rey al-Mutadid cambiase de opinión o porque la embajada leonesa no consiguiese encontrar los restos de santa Justa, los enviados de Fernando I decidieron finalmente trasladar a León las reliquias de Isidoro de Sevilla († 636), un santo confesor que había sido obispo de la ciudad a comienzos del s. VII y era conocido, sobre todo, como un gran escritor, autor, entre otras muchas obras, de esa asombrosa enciclopedia en veinte libros que son las *Etymologiae* (CPL 1186). Los restos del santo llegaron a León a finales de diciembre de 1063. El 21 de ese mes se consagraba bajo su advocación el monasterio que antes había sido de San Juan Bautista y al día siguiente se depositaban en él con toda solemnidad las santas reliquias⁵⁰.

Algún tiempo después un autor desconocido, quizás un monje de Cluny, escribió el relato de estos hechos⁵¹. Es el texto siguiente, traducido aquí, creo, por primera vez. Como se verá, éste aparece dividido en lecciones, lo que pone de manifiesto que fue utilizado con fines litúrgicos, con toda probabilidad con objeto de ser leído para conmemorar la deposición de las santas reliquias en San Isidoro, festividad del 22 de diciembre.

De su autor sabemos que no formó parte de la embajada leonesa a Sevilla. Él mismo lo confiesa, diciendo: «Relataré hechos increíbles, y sin embargo, recuerdo haberlos oído a aquellos que estuvieron presentes entonces» (§23), y también cuando añade: «Recuerdo haber oído estas palabras a aquellos que las oyeron» (§25). No estuvo presente tampoco durante las ceremonias que tuvieron lugar en León con ocasión de la llegada de los restos de Isidoro. Así se deduce del pasaje siguiente: «Se cuenta que con ocasión de aquella primera celebración el clarísimo rey y toda su familia, llenos de devoción por el fervor que sentían por el santo confesor, se comportaron con tanta humildad que...» (§28).

También sabemos que, cuando escribe, ya se celebra anualmente la festividad del traslado de los restos a León: «...y en nuestros días el décimo día antes de las calendas de enero se celebra anualmente de un modo festivo el aniversario de la consagración de la iglesia y del traslado del santo

ro, *Crónicas hispanas del s. XIII*, Turnhout 2010 (Corpus Christianorum in Translation, 5), 185-224. Sobre este particular vid. además A. Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León. Datos para la historia del traslado del cuerpo del doctor de las Españas desde Sevilla a León (1063)», *Archivos Leoneses* 17, 1963, n.º 33, 65-112 e *ibid.*, 18, 1964, n.º 36, 303-343, en las pp. 75-79.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León...» (cit. n. 49), 325-329; A. Quintana Prieto, *El obispado de Astorga en el siglo XI*, Astorga, 1977, 295-303; A. Sánchez Candeira, *Castilla y León en el siglo XI: Estudio del reinado de Fernando I*, R. Montero Tejada (ed.), Madrid 1999, 220-221; y A. Isla Frez, *Memoria, culto y monarquía hispánica entre los siglos X y XII*, Jaén, 2007 (Colección Martínez de Mazas. Serie Estudios, 42), 50-53. Este traslado se conmemora, en efecto, el 22 de diciembre en algunos calendarios medievales hispánicos, por ejemplo, en el de San Millán de la Cogola de finales del s. XI editado por Janini, «Dos calendarios emilianenses...» (cit. n. 16), p. 194 («XI. Translatio sci Isidori epi et conf.») (= Vezin, «Un calendrier franco-hispanique...» [cit. n. 16], p. 25); en dos de Santo Domingo de Silos, uno del s. X y otro del XI (anterior al año 1069), editados por Vives y

Fábrega, «Calendarios hispánicos anteriores al siglo XII» (cit. n. 16), 350-355 («XI. Translatio sci isidori») y pp. 374-379 («XI. translatio corporis sci ysidori»); en los dos calendarios de San Isidoro de León editados por Suárez González, «Dos calendarios litúrgicos leoneses...» (cit. n. 16), p. 174 («XI. Translatio sancti Ysidori episcopi ab Hyspali in Legione. Era M^aC^aI^a D») y p. 186 («XI. Translatio sancti Ysidori in Legione. EG»); y en el de San Salvador de Oña de finales del s. XII o comienzos del XIII editado por Gaiffier, «Un calendrier franco-hispanique...» (cit. n. 16), p. 319 («XI kal. Translatio s. Isidori ep. et conf.»), quien recoge otros testimonios en la nota 6 de esa misma página.

⁵¹ Vid. P. Henriet, «La politique monastique de Ferdinand I^{er}», *El monacato en los reinos de León y Castilla (siglos VII-XIII). X Congreso de Estudios Medievales. 2005*, Ávila 2007, 101-124, en la p. 123. Menos probable encuentro la tesis que defiende la atribución de este texto al obispo de León Pelayo Tedóniz, vid. M. Carriedo Tejado, «Pelayo Tedóniz, obispo de León (1065-1085 y 1086-1087): ¿autor de la *Historia Silense?*», *Monarquía y sociedad en el reino de León. De Alfonso III a Alfonso VII*, vol. II, León 2007 (Fuentes y estudios de historia leonesa, 118), 395-456, en las pp. 431-434.

prelado» (§27). Estamos, en principio, al menos a finales de diciembre del año 1064. Algunos estudiosos creen que en el momento en que se redacta la *Translatio s. Isidori* Fernando I († 27.09.1065) estaba aún vivo, puesto que no se da noticia de ninguno de sus sucesores⁵². Otros creen, por el contrario, que Fernando I debía de haber muerto ya⁵³. En el estado actual de nuestros conocimientos resulta imposible precisarlo. El *terminus ante quem*, en todo caso, viene dado por la fecha de redacción de la denominada *Historia Silensis*, que puede situarse en el segundo decenio del s. XII. En efecto, entre las fuentes de este texto figura la *Translatio s. Isidori*. Hay incluso quien ha visto en una y obra tantas semejanzas de estilo que ha propuesto que se deben a un mismo autor: Pelayo Tedóniz, obispo de León⁵⁴.

No conozco tampoco ninguna traducción completa de esta obra⁵⁵. La que aquí propongo se basa en mi propia edición crítica del texto original en latín, publicada en un artículo titulado: «La *Translatio s. Isidori Legionem anno 1063* (BHL 4488): introducción, estudio y edición crítica» en la revista *Exemplaria Classica* 15, 2011. El lector puede consultar asimismo la versión latina editada por F. Santos Coco, *Historia Silense*, Madrid 1921 (Textos Latinos de la Edad Media Española. Sección primera: Crónicas, 2), pp. 93-99, que no difiere mucho del texto que he fijado por mi parte.

En la edición de 2011 hago uso de los cuatro manuscritos que conocía en ese momento: London, British Library, Add. 17357; Madrid, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 9; Madrid, Biblioteca Nacional, 112; y Paris, Bibliothèque nationale de France, lat. 982. Puedo citar ahora dos nuevos ejemplares, ambos códices de carácter litúrgico, que contienen parcialmente este texto:

— Madrid, BN, 240, citado más arriba, un Breviario para uso de la Orden militar de Santiago procedente del Convento de Uclés (Cuenca) y fechado a finales del s. XV⁵⁶. Transmite en el fol. 288ra-vb un breve oficio para la festividad del traslado de las reliquias de san Isidoro desde Sevilla a León bajo el título «*Translatio sancti Ysidori episcopi et doctoris*». Sigue una «*Oratio*»⁵⁷ y seis lecciones, cuyo comienzo y conclusión son los siguientes: «*Lectio prima. Anno septuagesimo quinto post transitum gloriosissimi presulis Ysidori, uir clarissimus Fernandus, Sancii regis filius, inter reliqua pietatis opera que religiose gessit, petiit a Benabeth Yspalensis urbis rege... Corpus etenim meum uobis est donatum, quod tollentes afferte et ad propria securi remeate. Et interrogante Aluito quis esset, sanctus ait: Ego sum Ysidorus doctor Hyspaniarum. Tu autem*» (es un resumen de los §§ 2 + 9-17 de mi edición, y de las pp. 93-96 del texto editado por Santos Coco). Las variantes de esta versión ponen de manifiesto que ha sido elaborada a partir de un códice semejante a París, BnF, lat. 982 y a Madrid, BN, 6086, del que hablaré a continuación. No obstante, el códice 240 no depende de ninguno de esos dos manuscritos, según se deduce del hecho de que contiene algu-

⁵² G. West, «La *Traslación del cuerpo de san Isidoro* como fuente de la *Historia* llamada *Silense*», *Hispania Sacra* 27, 1974, 365-371, en la p. 367.

⁵³ M. Gómez-Moreno, *Introducción a la «Historia Silense», con versión castellana de la misma y de la «Crónica de Sampiro»*, Madrid 1921 (Ensayos de vulgarización histórica, 1), xvii.

⁵⁴ M. Carriedo Tejado, «Pelayo Tedóniz, obispo de León...» (cit. n. 51).

⁵⁵ Citaré, no obstante, la traducción parcial de P. Henriot, «*Translations de reliques*», en: A. Wagner (ed.), *Les saints et l'histoire. Sources hagiographiques*

du haut Moyen Âge, Bréal 2004 (Sources d'histoire), 265-273, en las pp. 266-267 (§§ 14-25 de mi traducción).

⁵⁶ Janini, Serrano, *Manuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 14, 13-14.

⁵⁷ Dice así: «*Omnipotens sempiternus deus, qui hunc diem nobis honorabilem in beati confessoris tui atque pontificis ysidori translatione tribuisti, da, quesumus, ecclesie tue in hac celebritate leticiam ut cuius membra pio amore tuo ueneramus in terris, eius intercessionibus subleuemur in celis. Per.*».

nas palabras que ya no se leen en los resúmenes de sus ejemplares afines. Se diría, entonces, que estas tres versiones remontan a un mismo modelo, hoy perdido.

— Madrid, BN, 6086 (*olim* R.186), un Breviario de Sevilla ejecutado a finales del s. XIV o comienzos del XV⁸. Contiene un oficio para la festividad de la traslación de san Isidoro en los fols. 371ra-372rb bajo el título «In festo translationis beati Ysidori archiepiscopi Ispalensis». Sigue la misma oración que en el código citado en el párrafo precedente y un resumen de la *Translatio s. Isidori* dividido en nueve lecciones, que comienza y concluye así: «Leccio prima. Anno LXXV^o post transitum gloriosissimi presulis Ysidori, omnes gentes Gothorum occulto Dei iudicio gentili gladio ferienda est tradita... Dum uero corpus in lignum gestatorium poneretur, rex Sarracenorum cortinam olosericam miro opere contextam supra corpus iactauit et magna ex intimo pectore trahens suspiria dixit: Ecce recedis abhinc, Ysidore, uir uenerande, ipse tamen nosti tua qualiter et mea res est. Vnde mei memorem te semper deprecor esse. Tu autem. Domine miserere mei». Es la misma versión que se lee en el manuscrito Paris, BnF, lat. 982. Ambos ejemplares coinciden incluso en la distribución del texto en lecciones. El código 6086 contiene, en general, buenas lecturas donde el volumen conservado en París presenta errores de transmisión. Al mismo tiempo, el manuscrito madrileño adolece de algunas omisiones que no se dan en el caso del parisino, lo que prueba que éste no ha sido copiado de aquél.

Diré, para concluir esta presentación, que ninguno de los códigos que he manejado transmite el título con el que se conoce tradicionalmente este texto, que es un título meramente descriptivo de los contenidos del relato. Entre los títulos ofrecidos por los manuscritos conocidos, el que tiene más probabilidades de ser auténtico es el que ofrezco al comienzo de la traducción.

Traducción

En el aniversario del traslado de los restos de san Isidoro

(§1) El santo cuerpo de éste por el favor de Dios fue sacado de la ciudad de Híspalis después de 468 años y sepultado con el honor que merecía en la ciudad de León. Cómo se llevó a cabo esto, hemos considerado digno de incluirlo en este relato, si bien no con un estilo elegante, sí al menos fiel.

(§2) Lección I.^a Así pues, en el año septuagésimo quinto desde la muerte del gloriosísimo prelado Isidoro, el pueblo de los godos por entero por la voluntad inescrutable de Dios fue entregado para que fuese herido por una mano infiel. En efecto, los sarracenos, habitantes del otro lado del mar, atravesando el mar que baña la ciudad de Híspalis, se apoderaron en primer lugar de esta ciudad. A continuación ocuparon la Bética y la Lusitania. (§3) Contra ellos salió a enfrentarse con las armas el rey Rodrigo⁵⁹ al frente del ejército de los godos. Pero como el citado rey, despreciando la religión de Dios, se había entregado en manos de los vicios, al punto fue puesto en fuga y todo su ejército fue destruido por la espada casi hasta su total exterminio. (§4) Tras ello, los sarracenos avanzando a lo largo y a lo ancho del territorio hispano perpetraron innumerables y horribles crímenes. Cuántos crímenes y crueldades entre los nuestros cometieron éstos, lo atestiguan los pueblos arrasados y las murallas derruidas de ciudades ilustres por su antigüedad. En aquella época terrible, toda Hispania hubo de lamentar que a lo largo de ella se arrasasen monasterios, que se destruyesen episcopados, que los libros de la ley sagrada fuesen entregados a las llamas, que las ri-

⁵⁸ Janini, Serrano, *Manuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 57, 79-80.

⁵⁹ Gobernó la Hispania visigoda los a. 710-711.

quezas de las iglesias fuesen saqueadas y que todos sus habitantes fuesen víctimas del hierro, el fuego y el hambre. (§5) Finalmente, aquella misericordia que no acostumbra a aniquilar hasta su extinción a aquellos contra los que se lanza, sino a corregirlos, castigándolos con compasión, fortaleció el valor de un tal Pelayo⁶⁰, que era de regio linaje por sus orígenes, y así éste, rebelándose contra los sarracenos, se enfrentó a éstos en un combate en el lugar que se llama la Cueva de Santa María⁶¹. (§6) De qué modo en aquel choque la mano de Dios luchó en favor de los nuestros puede advertirse en el hecho de que el poder de Dios volvió contra ellos mismos las flechas de las armas arrojadas por los sarracenos y en que cierto peñasco, hendido por voluntad divina, rodó hacia abajo y acabó con un número no pequeño de sarracenos, aplastándolos. En caso de que alguien desee conocer con detalle todo esto, que lea la triste historia de aquellos tiempos⁶².

(§7) Lección II.^a Desde entonces nuevamente la gloria y el reino del pueblo godo poco a poco comenzaron a crecer como el brote de una raíz que volviese a la vida y, gracias al celo de los reyes que, nacidos de linaje real, fueron gobernando con nobleza el reino, alcanzaron vigor lentamente con el paso del tiempo. (§8) Fueron, en efecto, célebres por sus hazañas y su valor, ínclitos por su prudencia, insignes por su misericordia y su justicia y llenos de devoción religiosa. Éstos además crearon episcopados, fundaron iglesias y las dotaron con recursos, las adornaron con oro, piedras preciosas y libros, y en la medida de sus fuerzas extendieron la gloria del nombre de Cristo. (§9) De su ilustre linaje surgió Fernando⁶³, varón clarísimo, hijo del rey Sancho⁶⁴. Qué grandes y numerosos estragos causó aquél entre los sarracenos, cuando alcanzó el cetro del reino, no es nuestra intención exponerlo. (§10) Entre las restantes acciones que, impulsado por su piedad, llevó a cabo religiosamente, solicitó al rey de la ciudad de Híspalis, Benabeth, que le entregase el cuerpo de la santísima virgen Justa, que descansa en esa misma ciudad, con objeto de llevársela a la ciudad de León. A la petición del rey, tal y como éste quiso, Benabeth mostró su consentimiento y le prometió que se la entregaría. (§11) Obtenida semejante promesa, el rey Fernando convocó al venerable obispo de la ciudad de León Alvito⁶⁵ y al honorable varón Ordoño, obispo de Astorga⁶⁶, y además al conde Munio⁶⁷ con una pequeña tropa de soldados, y los envió a Híspalis para traer desde allí el cuerpo de la citada virgen. (§12) Éstos, al llegar, manifestaron al rey Benabeth el motivo de su embajada. Éste les dice: «Sé, ciertamente, que he prometido a vuestro señor lo que decís, pero ni yo ni ninguno de los míos os mostrará el cuerpo que buscáis. Buscadlo por vosotros mismos y, una vez encontrado, cogedlo y partid.»

(§13) Lección III.^a Tras recibir esta respuesta, el venerable obispo Alvito se dirige en secreto a sus compañeros con estas palabras: «Como veis, compañeros, a menos que la misericordia divina nos asista en el propósito de nuestro viaje, volveremos sin haber podido llevarlo a cabo. Es neces-

⁶⁰ El rey Pelayo de Oviedo (718/722-737).

⁶¹ Se refiere el autor, naturalmente, a la batalla de Covadonga.

⁶² Se refiere aquí el autor a una de sus fuentes. A mi juicio, se trata con toda probabilidad de la *Chronica Adefonsi III* (Díaz 519-520), sin que se pueda especificar de cuál de sus versiones se trata.

⁶³ Fernando I, rey de Castilla de 1035 a 1037, y a partir de 1037, a la muerte de Bermudo III (1028-1037), hermano de su esposa doña Sancha, monarca también de León, hasta su fallecimiento en 1065.

⁶⁴ Sancho Garcés III, rey de Pamplona (1004-1035).

⁶⁵ Obispo de León los a. 1057-1063. Vid. Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León...» (cit.

n. 49), 84-96; M. Carriedo Tejedo, «Cronología de los obispos de León (854-1088): hasta el Concilio de Husillos», *Studium Legionense* 44, 2003, 217-288, en las pp. 260-265.

⁶⁶ Obispo de Astorga los a. 1061-1066. Vid. Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León...» (cit. n. 49), 97-101; Quintana Prieto, *El obispado de Astorga en el siglo XI* (cit. n. 50), 255-341.

⁶⁷ Sobre Munio (o Nuño) Muñoz, vid. Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León...» (cit. n. 49), 101-103, e Id., *Fernando I, el Magno (1035-1065)*, Burgos, 1999 (Corona de España. Reyes de León y Castilla, 16), 178; y Sánchez Candeira, *Castilla y León en el siglo XI* (cit. n. 50), n. 147 de la p. 217, y pp. 262-263.

rio, en consecuencia, queridísimos hermanos, que confiemos en el poder del Altísimo y que insistasemos en ello por espacio de tres días mediante ayunos y oraciones hasta que la majestad divina se digne revelarnos el oculto tesoro del santo cuerpo.» (§14) Pareció bien a todos la propuesta del prelado y por tres días se entregaron al ayuno y a la oración. Y ya al tercer día, tras recorrer el Olimpo, se había puesto el sol y la cuarta noche había venido, cuando el venerable prelado Alvito se entregaba aún sin descanso a la oración. (§15) Entonces, mientras sentado en una silla recitaba no sé qué salmo, es vencido por el sueño. Y se le apareció cierto varón provisto de venerables cabellos blancos y que llevaba en su cabeza la mitra episcopal, y se dirige a él con estas palabras: (§16) «He sabido, ciertamente, que tú y tus compañeros habéis venido a llevaros el cuerpo de la santísima virgen Justa con objeto de transportarlo lejos de aquí. Aunque no es deseo de la voluntad de Dios que esta ciudad se vea desolada por la partida de esta virgen, no obstante, la bondad divina no os enviará de vuelta con las manos vacías. En efecto, os es entregado mi cuerpo. Tomándolo, lleváoslo y regresad sanos y salvos a vuestros hogares.» (§17) Al preguntarle el reverendo varón Alvito quién era el que tales consejos le daba, responde: «Yo soy el doctor de las Hispanias Isidoro, obispo de esta ciudad.» Y dicho esto, desapareció ante los ojos del que lo veía.

(§18) Lección IV.^a El prelado, entonces, despertándose, comenzó a felicitarse por la visión y a orar a Dios con mayor insistencia. Y rogaba que, si esta visión procedía de Dios, se diese a conocer por segunda y por tercera vez, pero si esto no era así, que no volviese. Y tras rezar en este sentido, se durmió de nuevo. Y he aquí que, apareciéndosele el mismo varón, le habló con palabras que no diferían en absoluto de las anteriores. Y de nuevo desapareció. (§19) Y despabilándose por segunda vez, el pontífice imploraba con mayor alegría al Señor que la visión lo exhortase a ello por tercera vez. Y mientras oraba a Dios con insistencia, es invadido por tercera ocasión por el sueño. El varón antedicho se le apareció como había hecho ya una primera y una segunda vez y le expuso por tercera vez lo mismo que le había dicho antes, y golpeando por tres veces el suelo de la tierra con el báculo pastoral que llevaba en la mano, le mostró el lugar en el que descansaba el santo cuerpo, diciendo: (§20) «Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo. Y para que no creas que te has visto engañado por una falsa visión, ésta será para ti la señal de la veracidad de todo esto: tan pronto como hayas puesto mi cuerpo sobre la tierra, te verás afectado por graves molestias corporales a las que seguirá de inmediato el fin de tu vida. Y así, liberado de este cuerpo mortal, te reunirás con nosotros.» Dicho esto, la visión se retiró. (§21) Se despierta el prelado convencido de la veracidad de tan importante visión y feliz por haber sido escogido para ello. Y al llegar la mañana, dijo a sus compañeros: «Conviene, queridísimos hermanos, que, inclinando nuestros rostros, rindamos veneración a la omnipotencia divina, que se ha dignado asistirnos con su gracia y no ha permitido que nos veamos privados de la recompensa de nuestro viaje. En efecto, por deseo divino se nos prohíbe llevarnos de aquí los restos de la bienaventurada Justa, virgen consagrada a Dios, pero nos llevaremos un presente no inferior, pues vamos a transportar el cuerpo del santísimo Isidoro, que ejerció la dignidad episcopal en esta ciudad y con sus obras y escritos adornó Hispania.» Esto dice y les revela de principio a fin los pormenores de su visión.

(§22) Lección V.^a Tras oír todo esto, dan gracias a Dios, acuden juntos ante el rey de los sarracenos y le cuentan todo por orden. Al oír esto, aquél, aunque infiel, considerando, no obstante, el poder de Dios, sintió un gran temor y les respondió: «Y si os entrego a Isidoro, ¿con quién me quedo yo aquí?» Pero como no le era posible menospreciar a unos varones de tan gran autoridad, les da permiso para buscar los restos del santo confesor. (§23) Relataré hechos increíbles, y sin embargo, recuerdo haberlos oído a aquellos que estuvieron presentes entonces. Mientras se buscaba la tumba del santo cuerpo, se encontró en el suelo de la tierra la señal del báculo con el que el bienaventurado confesor había mostrado el lugar del sepulcro mediante tres golpes. Abierto éste, emanó de

él una fragancia tan maravillosa que impregnó los cabellos y las barbas de todos los presentes como con la humedad de la niebla o con el perfume de un bálsamo.

(§24) Lección VI.^a El santo cuerpo estaba cubierto por un ataúd de madera hecho de enebro. Y tan pronto como fue abierto, el obispo Alvito, reverendo varón, cayó enfermo y al séptimo día, tras recibir la penitencia, de acuerdo con las palabras de la visión entregó su espíritu a los ángeles, según creemos. Entonces, el obispo de Astorga Ordoño y todo el ejército, haciéndose cargo de los despojos de san Isidoro y del cuerpo del prelado leonés Alvito, se apresuraban a regresar ante el rey Fernando. (§25) Cuando el cuerpo del santísimo Isidoro fue puesto en las andas de madera⁶⁸, el rey de los sarracenos cubrió el cuerpo de aquél con un paño de seda tejido con extraordinaria habilidad y, dejando oír grandes suspiros que procedían de lo más profundo de su pecho, dijo⁶⁹:

«Te vas de aquí, Isidoro, varón venerable.
Sabes bien, no obstante, que cuanto a ti te ataño, me ataño a mí también.
Por ello te ruego que siempre te acuerdes de mí.»

Recuerdo haber oído estas palabras a aquellos que las oyeron.

(§26) Lección VII.^a Así, tras estos sucesos, regresaron a sus hogares con la mayor alegría. A su llegada, el gloriosísimo rey Fernando montó grandes fastos. Y aunque estaba triste por el fallecimiento del prelado leonés Alvito, a quien siempre había venerado con la mayor devoción, no obstante, celebró la llegada del gloriosísimo confesor Isidoro con una pompa llena de solícita atención. (§27) Colocó el santo cuerpo en la iglesia de San Juan Bautista que él mismo había hecho construir recientemente. Y en presencia de todos los nobles varones y obispos de su reino hizo que fuese consagrada en honor del santo confesor, y en nuestros días el décimo día antes de las calendas de enero se celebra anualmente de un modo festivo el aniversario de la consagración de la iglesia y del traslado del santo prelado⁷⁰. (§28) Se cuenta que con ocasión de aquella primera celebración el clarísimo rey y toda su familia, llenos de devoción por el fervor que sentían por el santo confesor, se

⁶⁸ En la construcción latina «lignum gestatorium» ha de entenderse, a mi juicio, que la forma «gestatorium» funciona como sustantivo neutro con el sentido que aquí doy, es decir, que los restos de san Isidoro no se llevaron en un carro, sino a pie en un féretro sostenido por dos varas largas paralelas llevadas bien por los religiosos que formaban parte de la embajada leonesa, bien por los soldados de la tropa que los acompañaba. La acepción de «gestatorium» aquí propuesta aparece recogida en el *Dictionary of Medieval Latin from British Sources*, R. E. Latham, D. R. Howlett (eds.), fasc. IV, Oxford 1989, 1072. Es la misma interpretación que propone Viñayo González, «La llegada de s. Isidoro a León...» (cit. n. 49), 318; para Quintana Prieto, *El obispado de Astorga en el siglo XI* (cit. n. 50), 293, sería una «litera hecha de madera», este estudioso repasa en esa misma página otras interpretaciones propuestas por los investigadores (como «carroza»), que me parecen poco probables.

⁶⁹ Siguen tres hexámetros cuantitativos perfectamente contruidos. En opinión de Viñayo González,

«La llegada de s. Isidoro a León...» (cit. n. 49), 318, serían la traducción latina de una casida árabe compuesta por el rey al-Mutadid, hipótesis que me resulta inverosímil.

⁷⁰ Corresponde esta fecha al 23 de diciembre, aunque, como hemos visto más arriba, la fecha que dan los calendarios medievales es el 22 de diciembre. Existe asimismo un documento de esa época que atestigua que la deposición de las santas reliquias de Isidoro en León se produjo el 22 de diciembre (el undécimo día antes de las calendas de enero), vid., por ejemplo, M.^a E. Martín López, *Patrimonio cultural de San Isidoro de León. A. Serie documental, I/1. Documentos de los siglos X-XIII. Colección diplomática*, León 1995, doc. n.º 6, 26-29. Este documento podría ser, no obstante, un falso diplomático, vid. M.^aE. Martín López, «Un documento de Fernando I de 1063: ¿falso diplomático?», *Monarquía y sociedad en el reino de León. De Alfonso III a Alfonso VII*, vol. II, León 2007 (Fuentes y estudios de historia leonesa, 118), 513-539.

comportaron con tanta humildad que, cuando llegó la hora de la comida, el rey, dejando a un lado su elevada posición real, servía alegremente con sus propias manos, a la manera de los criados, los exquisitos alimentos a todos los religiosos presentes y que la reina con sus hijos e hijas, como hacen los sirvientes, ofrecía humildemente todo tipo de atenciones al resto de la multitud.

(§29) Lección VIII.^a Por lo demás, en ese lugar en el que los restos del santo cuerpo son objeto de veneración por parte del pueblo fiel, tantos y tan grandes milagros se ha dignado llevar a cabo nuestro señor Jesucristo para honor y gloria de su nombre, devolviendo la vista a los ciegos, restituyendo la capacidad de oír a los sordos, expulsando espíritus inmundos de los cuerpos poseídos o concediendo caminar bien de nuevo a los cojos, que, si alguien instruido los fijase por escrito, llenaría no pocos volúmenes de libros. Pero por falta de pericia, por un lado, y por falta de celo, por otro, permanecen cubiertos por el silencio. Si la fe de gentes llenas de confianza así lo solicita, todavía hoy en día nuestro señor Jesucristo se digna llevar a cabo milagros no inferiores por medio de su confesor. (§30) Los restos del santo confesor fueron sacados de la ciudad de Híspalis y trasladados hasta León en el año de la encarnación de nuestro señor Jesucristo 1063^o, indicción I⁷¹, concurrente III⁷².

(§31) A la gloria del santo pontífice parece que atañe también lo siguiente, el que, aunque la ciudad de Híspalis, gracias al cálido vapor del mar, nunca había acostumbrado a sufrir la quemazón del frío, sin embargo, el año en que se llevaron de allí los santos restos, hasta tal punto fue asolada por un frío glacial que ni en los viñedos, ni en los olivares ni en los higuerales quedó fruto alguno. Que cada uno hable tal y como lo siente. Por lo que a mí respecta, afirmo que incluso los pro-

⁷¹ La indicción es un ciclo de quince años introducido en los cómputos cristianos en tiempos de Constantino I (306-337), en el año 312. De acuerdo con los manuales de cronología, la indicción correspondiente a 1063 es, efectivamente, I, puesto que en ese año comienza un nuevo período de quince. En efecto, si hacemos el cálculo: $1063 - 312 = 751$; si dividimos a continuación 751 entre 15, obtenemos 50 con algunos decimales; seguidamente debemos multiplicar 50 por 15, y obtenemos 750. Así, en 1063, que sería el año 751 a partir del 312, empieza un nuevo período de 15 años, es decir, una nueva indicción, que concluye en 1077.

⁷² El concurrente de un año en cuestión indica el número de días que separan el último domingo del año precedente con respecto al primer día de ese año. Esta cifra varía siempre entre I y VII, siendo I cuando el último día del año precedente era lunes y VII, cuando era domingo (A. Giry, *Manuel de diplomatique*, Paris 1894 [reimpr. New York 1965 (Burt Franklin: Bibliography and Reference Series, 85)], 157-158). En esta obra, la referencia al concurrente del año 1063 es errónea, pues le corresponde el concurrente II, ya que 1062 terminó en martes. Otra forma de calcular el concurrente es tener en cuenta el día de la semana que correspondió ese año al 24 de marzo, siendo el domingo el primer día de la semana y el sábado el último (G. Declercq, *Anno Domini. Les origines de l'ère chrétienne*, Turnhout 2000, 108). Así, si el 24 de marzo es domingo, el concurrente es 1; si es lunes, el concurrente es 2, etc. Y en

efecto, el 24 de marzo de 1063 fue lunes. El error de la referencia al concurrente en este opúsculo ya fue señalado por F. Arévalo, *S. Isidori Hispalensis episcopi Hispaniarum doctoris Opera omnia*, 7 vols., Romae 1797-1803, en el vol. I, Romae 1787, p. 48 (= PL 81, col. 46C). El cálculo del concurrente es sumamente complejo, el lector puede consultar, por ejemplo, J. Agustí y Casanovas, P. Voltès Bou (con la colaboración de J. Vives), *Manual de cronología española y universal*, Madrid 1952 (Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Medievales. Estudios, 25), pp. 22-24, sobre los concurrentes; pp. 249-250, sobre la explicación del calendario perpetuo incluido en ese volumen; y p. 253 para las columnas que incluyen el año 1063. Una tabla cronológica completa con la referencia a las indicciones y concurrentes del año 1063 puede verse en Giry, *Manuel de diplomatique* (cit. en esta misma nota), p. 194. Se diría, en consecuencia, que el error en el concurrente es resultado de la utilización por parte del autor de este relato de una tabla pascual en la que existía ya un error en ese dato, o bien que, en el proceso de copia de este dato, se produjo una confusión entre la cifra de la columna de la tabla pascual correspondiente al concurrente con otra que diese otra cifra correspondiente a ese año, acaso el del regular anual lunar de ese año (si es que figuraba en su tabla), que fue III. Sobre el regular anual lunar, vid. Giry, *Manuel de diplomatique* (cit. supra), 152-153 y p. 194 para el del año 1063.

pios elementos advirtieron la partida del santo cuerpo y que, al advertirlo, lo sintieron mucho y por voluntad de Dios castigaron con la privación de los frutos de la tierra a los habitantes de la ciudad que se había visto privada de tan gran patrono.

(§32) Con estas obras y otras semejantes glorifica a sus elegidos ante la mirada de los mortales Jesucristo, que en presencia de Dios padre y de los ángeles gratifica a aquéllos con el premio de verlo, el cual en compañía de su Padre y del Espíritu Santo, un solo Dios, vive y reina por los siglos de los siglos, que nunca han de concluir. Amén.

5. UNA NUEVA *VITA S. ILDEFONSI* (BHL –) DE AUTOR DESCONOCIDO

Encuentro interesante concluir este artículo con una segunda vida de Ildefonso de Toledo († 667), separada quizás de la primera, de finales del último cuarto del s. VII, por unos 500 años. Como en el caso de la *Historia translationis s. Isidori* que he traducido más arriba, estamos ante una composición elaborada con fines litúrgicos y dividida, en consecuencia, en lecciones. Este origen litúrgico viene confirmado además por el hecho de que los códices más antiguos que la conservan son leccionarios, así como por el comienzo mismo de la obra, en cuyo prólogo, que adopta la forma de un sermón, se dice: «Del bienaventurado Ildefonso, cuya gloriosa festividad hoy celebramos...» (§1).

Esta obrita ha permanecido inédita hasta que, tras encontrar una breve referencia a ella en una descripción de J. Janini y R. González del código Toledo, Biblioteca Capitular, 48-10, un leccionario del oficio de Toledo de finales del s. XIII o comienzos del XIV, decidí consultar el manuscrito. Comprobado su interés, me pareció que sería útil darla a conocer⁷³. Éste trabajo aparecerá en las Actas del V Congreso de Latín Medieval celebrado en Barcelona en septiembre de 2009 y tendrá por título: «Una *Vita s. Ildefonsi* inédita, fuente de Juan Gil de Zamora. Presentación y edición del texto», en: J. Martínez Gázquez, Ó. de la Cruz Palma y C. Ferrero Hernández (eds.), *Estudios de latín medieval hispánico. Actas del V Congreso internacional de latín medieval hispánico (Bellaterra-Barcelona-Montserrat, 7-8 de septiembre de 2009)*, Firenze, 2011. En ese estudio, señalo que quizás estemos ante una obra compuesta en el s. XII en la región de León. No obstante, dada la escasa tradición manuscrita del texto y la falta de datos internos que permitan fijar con mayor precisión su origen y datación, es posible que ulteriores descubrimientos puedan hacer variar estas primeras impresiones.

Esta edición toma como base fundamental de su texto el ejemplar toledano al que ya me he referido. Ahora bien, desde el momento en que preparé el artículo señalado en el párrafo precedente, he encontrado cuatro nuevos ejemplares de este opúsculo, que no contienen variantes de importancia que obliguen a modificar el texto propuesto en la citada edición. Como en los otros casos señalados en este trabajo, este hallazgo ha sido posible sobre todo gracias al catálogo de los manuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional de Madrid de J. Janini, J. Serrano y A. M. Mundó. En efecto, tras consultar un gran número de códices descritos sumariamente en ese volumen, he dado con dos que transmiten parcialmente esta *Vita s. Ildefonsi*⁷⁴:

⁷³ J. Janini, R. González (con la colaboración de A. M. Mundó), *Catálogo de los manuscritos litúrgicos de la Catedral de Toledo*, Toledo 1977 (Publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Serie Tercera. Estudios, Catálogos, Repertorios, 11), n.º 186, 192-193.

⁷⁴ Entre los que no la contienen merece quizás al menos una nota a pie de página el siguiente manuscrito, ya

citado por otras razones: Madrid, BN, 240, un Breviario para uso de la Orden militar de Santiago de finales del s. XV, que en los fols. 303va-305va y bajo el título «In uigilia sancti Ildefonsi episcopi et doctoris» transmite un oficio inédito en honor de san Ildefonso inspirado en la *Vita s. Ildefonsi* (BHL 3919) del Ps.-Cixila, en la misma versión que se lee en Madrid, BN, 1682 (*olim* P.16), un santoral del s. XIII, fols. 61vb-64rb (Janini, Serrano, *Ma-*

—Madrid, BN, 5834 (*olim* Q.151)⁷⁵, un Leccionario santoral para uso de los Jerónimos procedente de un monasterio de Castilla que puede fecharse en la segunda mitad del s. xv. La obra que aquí interesa se lee en los fols. 8r-9r, bajo el título «In festo sancti Illefonssi archiepiscopi» y se presenta dividida en nueve lecciones, que se corresponden con los §§ 1-9 y 18-21 de mi edición. Su versión, salvo por una variante, coincide con la de Toledo, BC, 48-10. Doy el comienzo y el final del texto: «Lectio prima. Beati Illefonsi cuius hodie nathale illud gloriosum, quando gloriosa eius anima molle carnis libera celo nata est... a clero et populo Tolletum reducitur, ubi, omnibus Deum laudantibus, pontiffex subrogatur. Explicit.»

— Madrid, BN, 9694 (*olim* Ff.147)⁷⁶, un códice ejecutado en Castilla en la primera mitad del s. xv que contiene un calendario, un salterio, letanías, himnos, pasajes de los Evangelios para la Navidad y la Epifanía y, a partir del fol. 287, un santoral copiado sobre un modelo toledano que incluye una versión resumida de esta *Vita s. Ildefonsi* en los fols. 306vb-309rb, si bien la entrada en honor de san Ildefonso, bajo el título «In natale sancti Illefonssi» es algo más amplia y comprende los fols. 305vb-310ra. Esta versión se divide en nueve lecciones y se corresponde con los §§ 5-10 de mi edición, siendo semejante a la de Toledo, BC, 48-10, pero sin que haya sido tomada de este códice. Doy el comienzo y el final del texto: «Leccio prima. Beatus igitur Illefonsus uir honestus uite et percuncta laudabilis urbe Tolletana oriundus Tolletanis nobilissimis progenitus est... quas de scolla uirtutum aministratione Sancti spiritus decerpserat, diu succensas intus igne caritatis iam foris pretendebat iudicium future sanctitatis.»

El tercer descubrimiento ha sido fruto de la casualidad, pues di con él antes de consultar el catálogo de Janini, Serrano y Mundó, y de hecho fue este ejemplar el que me llevó a consultar con detalle el catálogo:

—Madrid, BN, 13062 (*olim* Dd.81)⁷⁷, un volumen misceláneo que perteneció a Andrés Marcos Burriel († 1719) e incluye un gran número de textos relacionados con Ildefonso de Toledo, tomados de diversos ejemplares toledanos. Entre ellos, se ha copiado esta *Vita s. Ildefonsi* completa en los fols. 199r-209v, precedida de la nota siguiente, que informa sobre el modelo utilizado: «Ex duobus Lectionariis Toletanis membranaceis alio in fol. ordinario, duobus tomis, pluteo 38 num. 20 et 21 Toletanae Bibliothecae asservato, littera Gallica scripto; altero vero in plures tomos ad usum chori distincto, forma maxima, seu pelle, ut vocant, integra, in eadem Bibliotheca pluteo 36. num. 1 asservato, huius secundi lectionarii ex priori maxima diligentia exscripti variantes lectiones ad oram rejiciemus.» El único manuscrito que he localizado que haya tenido una de las dos firmas indicadas es el actual Madrid, BN, Vit. 20-6, procedente de Toledo, donde tuvo la firma 38-20, pero es un evangelario y no contiene la vida de Ildefonso que aquí interesa⁷⁸. Esta versión se presenta bajo el título «Natale sancti Ildefonsi episcopi» y no está dividida en lecciones. Incluye el tex-

nuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional [cit. n. 39], n.º 14, 13-14). De acuerdo con este segundo códice, el comienzo y el final de este texto son los siguientes: «Fuit uir uite uenerabilis yldefonsus nomine, sanctitate preclarus, moribus bonis comptus, in dei laude assiduus, cuius uita cunctis admirabilis, cuius memoria in benedictione ut palma pulcherrima emicuit... ac sic die altera in ipsa ecclesia, in qua tota mente deo deseruiebat, tumulatur, ubi multa beneficia infirmis prestantur, largiente domino nostro ihesu christo, qui cum patre et spiritu sancto uiuit et regnat in secula seculorum. Amen.»

⁷⁵ Janini, Serrano, *Manuscriptos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 55, 77-78.

⁷⁶ Janini, Serrano, *Manuscriptos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 93, 115-116.

⁷⁷ Janini, Serrano, *Manuscriptos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 143, 179-180; A. Millares Carlo, *Corpus de códices visigóticos*, 2 vols., Las Palmas de Gran Canaria 1999 (edición póstuma de M. C. Díaz y Díaz, A. M. Mundó, J. M. Ruiz Asencio, B. Casado Quintanilla y E. Lecuona Ribot), vol. I, n.º 167, 117-118.

⁷⁸ Janini, Serrano, *Manuscriptos litúrgicos de la Biblioteca Nacional* (cit. n. 40), n.º 198, 247-248. Lo he consultado en una reproducción digital en color.

to completo en la misma versión que Toledo, BC, 48-10, pero sin algunos de los errores manifiestos de este códice. Es posible que uno y otro ejemplar remonten al mismo modelo. El comienzo y el final del texto son los siguientes: «Prologus. Beati Ildefonsi cuius hodie natale illud gloriosum, quando gloriosa eius anima, mole carnis liberata, coelo nata est... atque in ecclesia beate Leocadie uirginis digna reuerencia tumulatus, ad pedes sui conditus decessoris, cum quo creditur eterno perfrui receptaculo claritatis, prestante Domino nostro Ihesu Christo, cui est honor et gloria in secula seculorum, amen.».

El cuarto manuscrito localizado es Toledo, Biblioteca Capitular, 44-14, un leccionario del oficio de Toledo de comienzos del s. xv, que contiene esta *Vita s. Ildefonsi* completa en los fols. LVrb-LXrb, tomada probablemente de Toledo, BC, 48-10⁷⁹. La obra se presenta dividida en seis lecciones y tiene como título: «In natale sancti Ildefonsi archiepiscopi Toletani». El comienzo y el final del texto son los siguientes: «Beati Ildefonsi cuius hodie natale illud gloriosum quando gloriosa eius anima mole carnis libera celo nata est... atque in ecclesia beate Leocadie uirginis digna reuerencia tumulatus, ad pedes sui conditus decessoris, cum quo creditur eterno perfrui receptaculo claritatis, prestante Domino nostro Ihesu Christo, cui est honor et gloria in secula seculorum, amen. Omelia. Vos estis sal terre.»

Traducción

Aniversario de san Ildefonso, obispo

(§1) Prólogo. Del bienaventurado Ildefonso, cuya gloriosa festividad hoy celebramos, cuando su gloriosa alma, liberada del peso de la carne, comenzó a vivir en el cielo, cuando fue acogida en el cielo por los ángeles y arcángeles, cuando en medio de la dicha eterna fue glorificada junto con los restantes santos, de éste los hechos y las revelaciones que contempló cuando aún permanecía en su cuerpo mortal, vamos a narrároslas, queridísimos hermanos.

(§2) Antes os exhortamos a que escuchéis todo esto con celo, como buenos oyentes, a que prestéis atención con diligencia y a que, tal y como os lo cuente la presente historia que os va a ser relatada, así creáis con confianza que ocurrió. Esta exhortación, queridísimos seguidores de la religión cristiana, que os exponemos en este prólogo, la hacemos por afecto hacia vosotros, para asegurar la firmeza de vuestra fe, para mirar por vuestro interés y porque tememos por vosotros, no sea que el error de aquellos que se han apartado de la fe y que menosprecian el poder de Dios os atraiga y os aparte de la fe y la verdad.

(§3) Hay, en efecto, algunos que no teniendo a Cristo, la piedra firme, como el fundamento de su fe, se burlan de los milagros de los santos como si fuesen ridículos y los desprecian como meras invenciones, sin tener en cuenta aquello que está escrito sobre el poder de Dios⁸⁰: *Todo lo que quiso, Dios lo hizo*. Y también⁸¹: *Él, que es el único que obra grandes maravillas*. Ni tampoco aquello sobre los santos y los milagros de los santos⁸²: *Admirable es Dios en sus santos*. Esto es lo que debidamente esperaba el profeta, cuando en nombre de los santos que confían en el poder del Señor decía⁸³: *Con la ayuda del Señor manifestaremos nuestro poder*. Y pasajes de este tipo pueden citarse muchos.

⁷⁹ Janini, González (con la colaboración de A. M. Mundó), *Catálogo de los manuscritos litúrgicos* (cit. n. 73), n.º 177, 187-188; J. C. Martín, *Scripta de uita Isidori Hispalensis episcopi: Braulionis CaesarAugustani episcopi Renotatio librorum domini Isidori; Redempti clerici Hispalensis Obitus beatissimi Isidori Hispalensis episcopi; Vita sancti Isidori ab auctore anonymo*

saeculis XI-XII exarata, Turnhout 2006 (CC SL 113B), 396-397.

⁸⁰ Salmos 113,11 (115,3 de la numeración moderna).

⁸¹ Salmos 135,4 (136,4 de la numeración moderna).

⁸² Salmos 67,36 (68,36 de la numeración moderna).

⁸³ Salmos 59,14 (60,14 de la numeración moderna), e *ibid.* 107,14 (108,14 de la numeración moderna).

(§4) Si adecuada y diligentemente reflexionasen sobre esto, si lo considerasen con atención, no dudarían que son ciertos los milagros que son realizados por los santos, y no sólo eso, sino que incluso defenderían su autenticidad sin el menor asomo de duda. Podríamos, ciertamente, de este modo salir al paso del error de esas gentes, podríamos también mirar así por vosotros para que no os convirtáis en seguidores de ese error, pero a fin de que el objetivo propuesto como meta de la tarea emprendida no resulte mayor que esa misma tarea que se emprende, siendo así que parece que esto puede resultar suficiente para confirmar los milagros de los santos, limitémonos con el celo debido a exponer los hechos que nos hemos propuesto, según el Señor quiso que ocurriesen.

(§5) Así pues, el bienaventurado Ildefonso, varón de vida intachable y de todo punto admirable, natural de la ciudad de Toledo, nació de unos padres de la más alta nobleza toledana. Éste, tal y como convenía que el hijo de una familia noble fuese educado, formado para seguir la norma de vida de la verdadera religión e instruido para convertirse en un hombre sapientísimo, según tenía un noble que ser educado por un noble, según tenía una persona que iba a seguir la norma de una vida religiosa que ser formada por un hombre religioso, según tenía aquel que iba a convertirse en un hombre sapientísimo que ser instruido por alguien doctísimo, así éste al ser confiado por sus padres, por deseo de la providencia divina, antes que a ningún otro al nobilísimo obispo de la sede toledana, Eugenio⁸⁴, un varón prudente y religiosísimo, para ser educado, formado e instruido, san Ildefonso, bajo la influencia de los preceptos de aquel santísimo varón, como niño de sano espíritu que era, de un modo admirable iba asemejando su forma de ser a la de aquél y anhelaba de todo corazón aprender diligentemente de él los primeros rudimentos de las letras y las normas de la vida.

(§6) Lección II.^a A continuación cuando, una vez instruido en las materias menores, emprendía ya el estudio de las más importantes, san Eugenio, consciente de la capacidad de su inteligencia, se dio cuenta, por inspiración divina, de que, si era confiado a un varón de mayor erudición para recibir una formación más completa y perfecta, en breve alcanzaría el más amplio y completo dominio de las letras.

(§7) Por aquel tiempo el bienaventurado Isidoro, varón de vida venerable y al que ningún conocimiento era ajeno, presidía como obispo la sede hispalense⁸⁵. Tan grande eran en él el conocimiento de todos los recursos de la elocuencia, los saberes de las demás artes e incluso la especulación de la ciencia teológica que a todos los que acudían junto a él, y de acuerdo con las capacidades de cada uno de ellos, a unos los convertía en disertos y elocuentes, a otros en filósofos y a otros en religiosos de vida contemplativa. Gracias a las flores de sus obras no sólo la Hispania de aquel tiempo se llenaba de una aromática fragancia, sino que también hoy día se llena y brilla toda la Iglesia universal.

(§8) Enviado san Ildefonso por san Eugenio junto a este varón de tan gran erudición, fue acogido por él con la mejor disposición tanto por la nobleza de su linaje como por el respeto que sentía por aquel que lo había educado e instruido y se lo había luego enviado⁸⁶. Éste⁸⁷, una vez que pudo ya beneficiarse de las enseñanzas de aquél⁸⁸, como gracias al Espíritu Santo, que a todos ilumina y a todos los hombres que vienen a este mundo ilumina, sabía que iban a surgir nuevas herejías y que en esa obra que se titula *Libro de la virginidad*⁸⁹ y en muchas otras, tal y como pondrá de mani-

⁸⁴ Eugenio II de Toledo (646-657).

⁸⁵ Isidoro de Sevilla (ca. 602-636).

⁸⁶ Esta formación de Ildefonso de Toledo junto a Isidoro en Sevilla carece de fundamento histórico.

⁸⁷ Se refiere el autor a Ildefonso.

⁸⁸ Es decir, Isidoro de Sevilla.

⁸⁹ Obra conservada y conocida como *De uirginitate beatae Mariae* (CPL 1247), un tratado en defensa de la virginidad de la Virgen María muy leído durante toda la Edad Media.

fiesto lo que se dirá a continuación, había de enfrentarse a los errores de los herejes, origen de todo tipo de engaños, los cuales no pueden ser atacados a no ser haciendo uso de sutiles argumentos, ni pueden ser vencidos a no ser por medio de una extraordinaria elocuencia, aunque se entregaba con total dedicación al estudio de las artes liberales, se esforzó sobre todo en adquirir el dominio de dos de ellas: aquella que se dice que es madre de las artes y aquella otra que se dice que es madre de la elocuencia.

(§9) A éste ese mismo Espíritu Santo que es quien distribuye las cualidades a los hombres le proporcionó unas cualidades tales que en breve superó a todos sus contemporáneos en capacidad de raciocinio e igualó en elocuencia a los mayores doctores. Pero no meditaba menos en la ley del Señor ni se aplicaba en ella en menor medida con su aguda mente, por el contrario, dedicando a ella con mucho mayor celo y mucho mayor interés su inteligencia espiritual, el plato de miel de la doctrina espiritual que a su debido tiempo más adelante con una forma admirable de disciplina dio a conocer para instrucción de los demás, cuanto más dulce lo encontró, con tanta mayor avidez comió de él.

(§10) Lección III.^a Entregándose san Ildefonso a éstas y otras honestas prácticas con toda la aplicación de su mente, aunque aún se encontraba en los años de la tierna infancia, ponía ya de manifiesto en su vida exterior ciertas chispas alimentadas durante largo tiempo en su interior por el fuego de la caridad y que había aprendido de la escuela de las virtudes gracias al favor del Espíritu Santo, chispas que eran el indicio de su futura santidad. En efecto, ardiendo por el fuego de la caridad, que es alimentada por el amor, revelaba por los otros niños que compartían con él las horas de estudio en las disciplinas de las artes liberales tanto amor, como a su prójimo que eran, que les ofrecía el afecto de su inocencia y ponía a su servicio el fruto de sus buenas obras. Ponía a su servicio el fruto de sus buenas obras porque, proponiéndose a sí mismo como ejemplo de lo que debía ser una vida humana y apartándolos de todas las prácticas ilícitas, no sólo los alejaba de estas prácticas ilícitas, sino que también, atrayéndolos a practicar las buenas obras por todos los medios posibles, los enseñaba de un modo admirable a actuar de forma intachable.

(§11) ¡Qué virtud tan admirable! ¡Qué virtud tan digna de alabanza! ¡Un niño anciano en su niñez, a quien no llevaron allí su larga vida ni el número de sus años, sino que su sabiduría le proporcionó su vejez y su vida intachable su ancianidad, según aquellas palabras de Salomón⁹⁰: *La vejez venerable no se alcanza con el largo paso del tiempo ni es resultado del número de los años vividos. En efecto, los cabellos blancos son el buen sentido de un hombre y su vejez, una vida immaculada!* San Ildefonso, conformando su vida a esta sentencia de Salomón, aunque aún era un niño en virtud de sus años, nada propio de un niño se encontraba en él salvo la admirable sencillez de los niños; por el contrario, superando las limitaciones propias de la niñez, como si ya fuese un hombre maduro por su edad, llevaba a cabo todos sus actos con el discernimiento propio de un anciano, o mejor, con la inteligencia propia de un sabio.

(§12) Y ciertamente todos sus actos, igual que todos sus pensamientos, los posponía para poder leer y orar con mayor libertad y celo en cada momento del día, sin tener que ceder ante las preocupaciones del siglo. En efecto, nadie se entregaba con tanta aplicación como él a la lectura ni nadie dedicaba su tiempo a la oración con mayor frecuencia que él. No obstante, alternaba de tal modo las tareas de leer y orar que ni la lectura aventajaba a la oración ni la oración a la lectura, sino que, por el contrario, ello le permitía leer y orar con mayor celo y devoción. Para él la lectura era un

⁹⁰ Sabiduría 4,8-9. Al rey Salomón (ca. 970-ca. 931 a. C.) se atribuía, en efecto, la redacción de los libros sapienciales.

descanso de la oración y, a su vez, la oración lo era de la lectura. Y si, como acostumbra a ocurrir a menudo, por orden de su maestro o instado por un amigo tenía que cumplir algún cometido o partir aquí o allá con objeto de prestar su asistencia a un amigo, la oración lo acompañaba en su ida y la oración lo recibía a su regreso.

(§13) Su forma de vida la admiraban todos y de todos se ganaba el afecto, tanto de los mayores como de los más jóvenes: los más jóvenes lo apreciaban por su diligencia, los mayores lo respetaban extraordinariamente por su gravedad. En su vida de escolar, para concluir brevemente, o por mejor decir, de acuerdo con la verdad, nada indecente, nada deshonesto había en él, sino que, convertido en un verdadero imitador de los varones santos y extraordinarios, así como de Cristo, no sólo iba avanzando en edad, sino también en sabiduría, es más, incluso de un modo increíble adquiriría más y más vigor por el aumento de sus virtudes.

(§14) Lección IV.^a Finalmente, cuando, luego de abandonar ya el período de la niñez, alcanzó aquella edad a la que agradan con especial dulzura las seducciones del siglo, a la que atraen con especial encanto los deleites de la carne, queriendo suprimir en sí mismo aquellas ilícitas pasiones que no conocía ni por la práctica ni por la experiencia, sino que sabía por la doctrina salvífica que corrompen la naturaleza humana, rodeó de tal modo su cuerpo con la muralla de las virtudes, oponiendo cada una de las bondades de éstas a los atractivos correspondientes de los vicios que eran sus contrarios, que no sólo no dejaba ningún acceso abierto a los vicios, sino que incluso prohibía cualquier acercamiento de éstos a su persona por cualquier parte excepto por medio de los ataques de las tentaciones. En efecto, como también los restantes santos, aquél permitía ser tentado no en perjuicio de sus virtudes, sino en beneficio de su firmeza. Ciertamente, deseaba sufrir la tentación para poder merecer la aprobación divina, pues había leído que Dios a través del sufrimiento pone a prueba en medio de las tribulaciones de las tentaciones a aquellos que, de acuerdo con sus planes, tiene destinados a alcanzar la corona celestial. En efecto, las Escrituras dicen⁹¹: *Dichoso aquel que padece la tentación, pues, una vez que haya sido puesto a prueba, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a quienes lo aman.*

(§15) Así pues, cuanto más fuerte demostraba ser a la hora de soportar con paciencia todas estas pruebas en el nombre de Cristo, a pesar de ser consumido por el fuego de la tentación, tanto más el varón de Dios Ildefonso, del mismo modo que el oro, una vez purificado con el fuego, a fuerza de golpes es estirado a lo largo, crecía en virtudes añadiendo una virtud a otra, como si fuese estirado a lo largo por medio de algún tipo de procedimiento de extensión. En efecto, compartiendo por el amor de su compasión la miseria de los pobres, entregando por la generosidad de su caridad sus bienes para alivio de éstos, consagrándose a no perder la dicha de la virginidad marcado en sus costados con el sello de la castidad, además de haberse comprometido a ello de palabra, y ofreciendo a Dios los restantes y perfumados adornos de sus virtudes, a menos que se inmolase voluntariamente y por entero a Dios como una ofrenda sacrificial viva, no veía ya qué más podía ofrecer a Dios.

(§16) Así pues, tras abandonar los estudios del siglo y regresar junto al bienaventurado Eugenio, de quien había aprendido los primeros rudimientos de las letras, fue ordenado diácono por éste. Seguidamente, con objeto de no verse atraído de nuevo por los atractivos del siglo una vez recibidos los sacramentos del Señor, con objeto de que su vida, que siempre había mantenido inmaculada, no fuese contaminada por los deleites de las cosas temporales, con objeto además de no dejarse ver en medio del mundo que se desliza a su perdición en lugar de disfrutar de la dulzura y la dignidad de la casa de Dios, y prefiriendo a la vida del siglo aquella sentencia del salmista sobre la mejor forma de llevar una vida feliz y dichosa, en la que se dice⁹²: *¡Qué feliz y dichoso es que vivan juntos*

⁹¹ Epístola de Santiago 1,12.

⁹² Salmos 132,1 (133,1 de la numeración moderna).

los hermanos!, dejando atrás a su padre y a su madre y tomando el hábito monástico, hizo la promesa de vivir en compañía de los otros hermanos que allí habitaban en la iglesia de los santos Cosme y Damián, que está situada a las afueras de Toledo y era conocida antiguamente como el monasterio Agaliense, y de servir en ella al Señor.

(§17) Así pues, queriendo san Ildefonso cumplir el propósito de esta santa devoción, emprende a solas el camino al lugar citado. Su padre, al enterarse de ello, dejándose llevar por una cólera repentina, al punto sale en su persecución. Al advertir aquél desde lejos que su padre lo persigue, para no verse apartado del objetivo de su propósito, se oculta detrás de la protección de un viejo muro de piedras. La violencia de su enfurecido padre, tras dejar atrás el escondite en el que aquél se ocultaba, se dirige al recinto del monasterio Agaliense profiriendo amenazas. Al no encontrarlo allí ni tampoco en el camino, experimentando un vivo dolor, regresó a su casa. Así pues, el siervo de Dios Ildefonso, tras conocer el regreso de su padre, se dirigió al monasterio Agaliense, en el que cumplió el voto que había hecho⁹³.

(§18) Lección V.^a A continuación, una vez pasados muchos años, durante los cuales había servido allí al Señor, siendo de todos conocido que su vida estaba llena de santidad y perfectamente probadas ya la rectitud de sus costumbres y todas sus bondades, y puesto que no era considerado inferior a nadie en materia de religión, quiso la providencia divina que fuese designado abad en ese mismo lugar. No obstante, una vez nombrado abad, no se volvió en lo sucesivo más arrogante ni soberbio, sino que, por el contrario, se volvió en lo sucesivo más humilde.

(§19) Antes era alguien especial entre todos por su santidad, ahora se volvió el asistente particular de todos. Por sí solo atendía a los asuntos de la iglesia, cuidaba de las vidas de los monjes y procuraba a todos lo que necesitasen. Vigilaba las costumbres de todos, estimulaba la bondad de sus costumbres. Con cada uno de ellos se comportaba tal y como le parecía justo y necesario: con los mansos él mismo era manso, pero frente a las ofensas mostraba una actitud muy firme. Por ello se lee sobre él en cierto lugar lo siguiente: «Una espada contra las ofensas era el abad agaliense»⁹⁴.

(§20) Una vez regulada la forma de vida de los monjes con la mayor decencia y entera santidad, para gloria y honra de Dios, de la bienaventurada María y de las santas vírgenes en una finca que por entonces se llamaba Bisense⁹⁵ edificó un monasterio de vírgenes y lo dotó con sus propios recursos.

(§21) Una vez que la perfumada fama de su santidad se había divulgado por casi toda Hispania y era bien conocida, como no podía encontrarse nadie más digno de alabanza por su vida ni más santo que él, nadie más distinguido ni ilustre por su elocuencia, nadie más puro ni más recto en su fe, nadie más lleno de sabiduría ni más formado que él, al morir el bienaventurado Eugenio, Ildefonso, forzado por la violencia del príncipe⁹⁶, se ve llevado por el clero y el pueblo a Toledo, donde es nombrado pontífice en medio de las alabanzas de todos a Dios.

(§22) A continuación, una vez que le fue conferido el poder de la dignidad pontifical, para no ocultar el tesoro de la doctrina salvífica que durante largo tiempo había permanecido oculto en los repliegues de su cabeza, ahora que se le presentaba el momento y la ocasión de darla a conocer, para no dejar a un lado su deber de predicar y no usurpar como un siervo inútil el ministerio que se le

⁹³ Toda esta parte, como el lector habrá observado, está basada en la primera vida de san Ildefonso que se ofrece en este trabajo.

⁹⁴ Es un verso leonino, con rima interna.

⁹⁵ El nombre de Bisense es deformación del más antiguo de Deíbia, que se lee en el *Elogium b. Ildephon-*

si de Julián de Toledo que he traducido al comienzo de este artículo.

⁹⁶ Se refiere el autor al rey visigodo de Toledo, que en ese momento era Recesvinto (649-672). Ildefonso fue nombrado obispo de Toledo en el año 657.

había confiado, preparaba la mesa de la predicación para ponerla a disposición de los espíritus de sus fieles, en la que ofrecía todo tipo de platos diversos según las cualidades de cada uno. A unos les advertía que debían permanecer en vigilia entregados a la oración, a otros les ordenaba que debían ayunar entregados al llanto y la contrición, a otros les revelaba los sacramentos de los secretos celestiales, a otros, sin embargo, se los ocultaba para que no pareciese que arrojaba piedras preciosas a los puercos, a otros los instruía en la fe y la gracia, a otros, en fin, en el perdón de los pecados y la caridad a través de la confesión y la penitencia. Además, a unos los acariciaba con dulces palabras, a otros los corregía con la estaca del consuelo, a otros, a los que juzgaba dignos de censura, los censuraba, a otros los acogía en el seno de la madre Iglesia, a otros los castigaba privándolos de la comunión y a otros, en fin, una vez pagada la oportuna satisfacción por sus pecados, los llamaba de nuevo a la comunión.

(§23) ¿Por qué me demoro? ¿Por qué continúo hablando, provocando esta demora? He aquí que esos milagros gozosos, esos milagros admirables y dignos de ser relatados, esos milagros que glorifican al santo de Dios me exhortan a que los narre, me incitan a que narrándolos los explique, me instan a que explicándolos los describa con todo detalle. Así pues, empecemos a relatarlos, queridísimos hermanos, esos milagros, a mostrároslos como ejemplo de lo que fue aquel gran varón, a dejar constancia de ellos para recuerdo de todos los fieles, precediéndolos de unas pocas palabras que exciten vuestros corazones a la glorificación de Dios y a la vuestra propia.

(§24) A esto ciertamente tendían todos los propósitos de ese santísimo varón: a que Dios fuese glorificado entre el rebaño que se le había confiado y a que también su rebaño fuese glorificado a los ojos de Dios, de modo que gracias al conocimiento de la verdadera luz resultase vivificado en la fe y la esperanza de la vida eterna. Así pues, por todo ello, según la promesa del Señor que dice⁹⁷: *A aquel que me glorifica, yo también lo glorificaré*, no sólo mereció reunirse con los coros de los ángeles en el cielo, no sólo mereció disfrutar de las imperecederas alegrías de la gloria, sino que, cuando aún vivía en su cuerpo mortal, mereció ser glorificado por medio de numerosos milagros y visiones celestiales. De todo aquello, lo que he leído y reunido según nos ha sido transmitido en los escritos de los antiguos, seguidamente reclama relatarlo brevemente la trama de la narración que he tejido.

(§25) Así pues, cierto día, cuando se aproximaba la festividad de la santa virgen Leocadia⁹⁸, cuyo santísimo cuerpo estaba enterrado en la sede regia⁹⁹, cuando el clero y el pueblo se reúnen según la costumbre para celebrar la festividad, estando san Ildefonso orando de rodillas junto al sepulcro de aquélla, en medio de sus oraciones el Espíritu Santo quiso hacerle ver viva de nuevo a esa virgen santa y consagrada a Dios en presencia de todos los que estaban allí reunidos. Y al presentarse ante su vista la santísima virgen, como el varón de Dios se postrase por tierra ante la presencia de aquélla, se dice que ella, cogiéndolo y abrazándolo, pronunció las siguientes palabras: «¡Por la vida de Ildefonso vive mi señora!» Creo que ella pronunció tales palabras porque, cuando la fe y la verdad de la virginidad de la bienaventurada María habían sido destruidas y aniquiladas en casi todas las regiones de Hispania debido al error de tres herejes¹⁰⁰, aquél escribió un libro sobre su virgi-

⁹⁷ I Reyes 2,30 (1 Samuel 2,30 de la división moderna en libros).

⁹⁸ Festividad del 9 de diciembre.

⁹⁹ Es decir, en la capital del reino visigodo, Toledo.

¹⁰⁰ En efecto, en su tratado en defensa de la virginidad de María, Ildefonso se opone a tres herejes: Joviniano († 406), un monje asentado en Roma que se opuso a la doctrina de la época que confería merecimientos especiales a la virginidad, por lo que fue exi-

liado por el papa Honorio en el a. 398; Helvidio (o Elvidio), del que apenas se tienen noticias y que sostuvo que, tras el nacimiento de Jesucristo, María tuvo otros hijos, por lo que Jerónimo decidió refutar sus ideas con su tratado *Aduersus Heluidium de Mariae uirginitate perpetua* (CPL 609), del a. 383, título que imita Ildefonso en su propio tratado; y un judío anónimo que viene a simbolizar las creencias del pueblo judío. Estos tres herejes no son, en realidad, más que la excusa que

nidad, gracias al cual esa fe, que había sido aniquilada, por así decirlo, revivió y brilló y acabó por completo con el error de esos herejes.

(§26) Pero para dejar a las generaciones venideras un recuerdo de esta aparición, Ildefonso, sirviéndose de un puñal del príncipe Recesvinto, que, dejando a un lado toda su gloria y su orgullo terrenales, estaba presente en la festividad, cortó una parte del vestido que había recubierto los miembros de aquella, cuando estaba viva. Este puñal lo guardó a continuación con las santas reliquias en unos cofres de plata, considerando indigno que lo que había cortado algo sagrado se hundiese en lo sucesivo en algo impuro. Luego de suceder todo esto, el siervo de Dios, repleto de una gran alegría y lleno de confianza en el clero y el pueblo, continuó celebrando solemnemente la festividad de aquella virgen.

(§27) Lección VI.^a Habéis escuchado, queridísimos hermanos en el Señor, qué admirables y grandes prodigios llevó a cabo el Espíritu Santo para alabanza y gloria de san Ildefonso. Habéis escuchado con qué gran e importante premio este mismo Espíritu, que concede los premios a los méritos, lo gratificó. Habéis escuchado con qué gloria y magnificencia lo encumbró. Pero escuchad este otro milagro grandísimo, gloriosísimo e inaudito, que fue realizado igualmente por el Espíritu Santo para enaltecimiento de aquél.

(§28) Si fue algo grande, si fue gozoso y glorioso el hecho de que la citada virgen se apareciese únicamente a él, que el santo varón cortase un pequeño trozo del vestido de aquella y que tras cortarlo lo guardase, sin duda, mucho más grande, mucho más gozoso y glorioso fue que la Virgen espiritual, que la madre incorrupta e intacta de la divinidad, que la santísima puerta del cielo y la reina de éste se mostrase ante Ildefonso en compañía de los coros de las vírgenes, que con riquezas del tesoro de su Hijo enriqueciese a aquél y que, tras dejarle la esperanza segura de que alcanzaría la dicha eterna, lo llenase de gozo¹⁰¹.

(§29) Así pues, en aquel tiempo, cuando se acercaba ya el día de la festividad de María, santa y siempre virgen, san Ildefonso decidió que los tres días anteriores se celebrasen letanías acompañadas de ayuno para que mediante la abstinencia de tomar alimentos los cuerpos se purificasen de los vicios y las mentes se vivificasen mediante oraciones para cumplir las solemnidades sagradas con mayor devoción. Cuando llegó el día de la celebración, reunidos multitudinariamente el clero y el pueblo, el santo varón dio inicio con gozo a la festividad que comenzaba, y una vez que le dio inicio, comenzó a celebrarla con solemnidad. Y así, en medio de la noche, cuando, preparados ya los dulcísimos sonos de los nuevos himnos para su canto y dispuesto el libro de la virginidad que con tanta elocuencia había compuesto san Ildefonso para su lectura, éste se dirigía a cumplir con los servicios matutinos y a celebrar las vigiliass que había prometido a Dios y a la bienaventurada Virgen, los asistentes que iban por delante y llevaban los cirios de repente, al abrir las puertas de la iglesia, mirar dentro de ella y fijar sus ojos en el resplandor celeste que allí había, no pudieron soportar la luz que vieron, antes bien, huyendo llenos de temor y angustia y abandonando los cirios que llevaban, todos regresaron prácticamente muertos de miedo.

permite al autor desarrollar sus tesis. Sobre Joviniano y Helvidio puede consultarse el *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana*, A. Di Berardino (dir.), 2 vols., Salamanca 1991 (Verdad e imagen, 97-98), p. 704 («Elvidio», artículo de S. Zincone) y p. 1172 («Joviniano», artículo de J. Gribomont).

¹⁰¹ Sobre este episodio, véase el comentario de J.-M. Ferrer Grenesche, «La liturgia hispano-mozá-

ra», *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo. 23 enero - 30 junio 2007. Toledo, Museo de Santa Cruz*, Toledo 2007, 255-268, en la p. 265, quien cree que Ildefonso pudo haber vivido realmente una experiencia de carácter espiritual en virtud de la cual hubiese tenido una visión de la Virgen o gozado de algún tipo de gracia mística, lo que habría dado lugar a la tradición recogida en este relato.

(§30) San Ildefonso, por su parte, sin dejarse llevar por miedo alguno, al inclinarse de rodillas ante el altar para orar, según su costumbre, y mirar a su alrededor con la conciencia tranquila, vio a la santa, a la inmaculada, a la reina de las vírgenes sentada donde él mismo acostumbraba a sentarse y predicar al pueblo. En ese lugar nadie se atrevió en lo sucesivo a sentarse con excepción del obispo Sisiberto, el cual, expulsado de esa sede, fue condenado al exilio¹⁰². Y así, elevando sus ojos, vio a los ejércitos de las vírgenes glorificando a aquélla y entonando con suaves sonos cantos dulcísimos tomados de las melodías compuestas por David¹⁰³.

(§31) Y cuando la Virgen santísima y el santísimo varón se contemplaron mutuamente, qué había traído ella, qué le entregó y qué le dijo a continuación, tal y como lo contaron después aquellos que lo oyeron de boca de aquél, refirámoslo brevemente. En efecto, la Virgen santísima había traído consigo unas vestiduras riquísimas tomadas del tesoro de su Hijo, las cuales entregó al siervo de Dios para que únicamente él las vistiese durante las celebraciones en su honor y que con dichas prendas tan sólo a ella sirviese de ese modo especial. Y dijo: «Puesto que con mente pura y firme fe siempre has persistido en alabarme y para gloria mía has grabado en los corazones de los fieles con tan dulces palabras la gracia que ha nacido en tus labios, y puesto que has ceñido tus costados con el cinturón de la castidad para preservar tu virginidad, también ya en esta vida te verás adornado con la ropa de la gloria perpetua, de modo que en el futuro en la dicha celeste disfrutes de la alegría eterna en compañía de los siervos de mi Hijo». Y diciendo estas palabras, desapareció de la vista de aquél junto con las vírgenes y la luz con la que se había presentado. Por su parte, el siervo de Dios permaneció tan celoso en alcanzar la gloria celestial como perspicaz se mostró al serle entregadas aquellas vestiduras de origen divino.

(§32) Una vez tratado todo esto, en recuerdo de tan gran doctor demos noticia en el párrafo siguiente de los títulos de las obras que Julián Pomerio¹⁰⁴, obispo de esa misma ciudad, recuerda que aquél escribió. Ciertamente, aunque no tenemos las obras que citamos dando cuenta de sus títulos, sin embargo, no tenemos la menor duda de que aquél las escribió fiados en la autoridad de Julián, ilustrísimo varón.

(§33) Así pues, escribió numerosísimas obras de útil consulta y muy efectivas por su elocuencia, las cuales él en persona consideró que debían ser agrupadas en varias secciones. Esto es, un *Libro del reconocimiento de las propias debilidades*, el citado *Tratado contra tres herejes sobre la virginidad*, otro *Tratado de las propiedades de las personas de la Trinidad*, un *Tratado de observaciones sobre el quehacer diario* y un tercer *Tratado de observaciones sobre los sacramentos*; asimismo, un *Libro del conocimiento del bautismo* y otro *Sobre la marcha por el desierto espiritual*. Y todas estas obras de la primera sección quiso que fuesen agrupadas en un mismo volumen. Dentro de la segunda sección, escribió también un *Libro de epístolas*, en el cual, a la hora de escribir a sus diversos destinatarios, hizo uso de expresiones simbólicas, mientras que otras veces citó de forma directa a las personas de que se trataba, y en el que incluyó además las brillantes respuestas de algunos de sus corresponsales. La tercera sección quiso que estuviese compuesta de misas, himnos y sermones. Finalmente, la

¹⁰² Sisiberto, o Sisberto, sucedió a Julián de Toledo al frente del obispado de Toledo entre los a. 690-693, hasta su destitución y encarcelamiento por haber tomado parte en una conjura contra el rey Égica (687-702). Fue, así, el tercer sucesor de Ildefonso de Toledo. Vid. García Moreno, *Prosopografía*, n.º 252, 121-122.

¹⁰³ Se trata del rey David (ca. 1010-ca. 970 a. C.), a quien los antiguos atribuían la composición de un gran número de los salmos.

¹⁰⁴ Se confunde aquí a Julián de Toledo (680-690), el autor del *Elogium b. Ildephonsi*, como he señalado más arriba, con Julián Pomerio, un presbítero de Arlés, en las Galias, activo durante la segunda mitad del s. v y comienzos del s. vi, del que se ha conservado un tratado titulado *De uita contemplatiua* (CPL 998). Sobre Julián Pomerio puede consultarse Y. Hen, «Escritores de la Galia», *Patrología IV* (cit. n. 1), 313-459, en las pp. 342-345.

última sección la constituye un cuarto libro que reúne composiciones en verso y en prosa, en el que fueron incluidos epitafios y algunos epigramas. Escribió, no obstante, muchas otras obras que dejó unas tan sólo empezadas y otras casi acabadas, por verse imposibilitado de seguir adelante con ellas como consecuencia de diversos impedimentos fruto de las circunstancias o de sus enfermedades.

(§34) Elevado, por lo demás, al episcopado en el año noveno del citado príncipe Recesvinto, durante nueve años y unos dos meses gozó de un ilustre renombre tanto por los méritos de su vida como por el ejercicio de su cargo. Al finalizar el decimoctavo año de reinado del citado príncipe, al día siguiente, el décimo día antes de las calendas de febrero¹⁰⁵, consumido por la fiebre, abandona la mansión de la carne y recibe sepultura en la iglesia de la bienaventurada virgen Leocadia, siendo enterrado a los pies de su predecesor, en compañía del cual se cree que goza del eterno disfrute de la gloria por concesión de nuestro señor Jesucristo, al que se deben el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

JOSÉ CARLOS MARTÍN
Dpto. de Filología Clásica e Indoeuropeo
Universidad de Salamanca
 jocamar@usal.es

¹⁰⁵ El 23 de enero.